

M. PHILIPON, O. P.

LA TRINIDAD EN MI VIDA

(TRADUCCIÓN DE M. R R.)

EDITORIAL BARMES

BARCELONA

1962

EL CENSOR, DR. GABRIEL SOLA
DIGNIDAD DE CHANTRE
BARCELONA, 12 DE MAYO DE 1962
IMPRIMASE
+ GREGORIO, ARZOBISPO-OBISPO DE BARCELONA
POR MANDATO DE SU EXCIA. RVMA.
ALEJANDRO PECH, PBRO.
CANCILLER.SECRETARIO

2ª EDICIÓN

DEPÓSITO LEGAL B 1265 - 1962

A LA MADRE DEL VERBO

*«Dulce Virgen María»
sed para mí,
en el atardecer de mi vida,
la Puerta de la Trinidad.*

ÍNDICE

INTRODUCCION

I. TRINIDAD Y VIDA ESPIRITUAL

1. El Hijo de Dios revelador del Padre
2. Un Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo
3. «Uno de los Tres» murió por nosotros
4. Nuestra mediadora cerca de la Trinidad
5. La Iglesia de la Trinidad
6. Un alma de Hijo de Dios
7. Un alma de luz
8. Un alma de eternidad
9. Un alma divinizada
10. Un alma corredentora
11. Un alma decidida
12. Un alma justa
13. Suscipe, Sancta Trinitas
14. Un alma adoradora
15. Un alma agradecida
16. Un alma de oración
17. Un alma de sacrificio
18. Un alma magnánima
19. Un alma de mártir
20. Un alma virgen
21. Hija de la Iglesia
22. Un alma mariana
23. Identificación con el alma de Cristo
24. Consumada en la unidad de la Trinidad

II. HOSTIA DE LA TRINIDAD

1. Un programa de vida trinitaria
2. Hostia de la Trinidad

III. CONSAGRACIÓN A LA TRINIDAD

Acto de consagración a la Trinidad

INTRODUCCION

New York pasará, la Trinidad no pasará.

La Trinidad es lo Único necesario, el Valor Supremo, que fija cada cosa en el lugar que le corresponde dentro del universo. Lo que se pone en juego en toda vida humana es la Trinidad ganada o perdida para siempre.

La historia del mundo es un drama de redención; para unos se acabará todo con la visión de Dios, para otros con una desesperación eterna. De este modo lo ha juzgado San Juan, bajo su verdadera luz, en una reflexión trastornadora. Cristo murió «no solamente por una nación» sino para «agrupar en la unidad a todos los hijos de Dios dispersos». Jesús mismo nos dio sobre este punto capital la luz definitiva en su última plegaria: «Padre, que todos los hombres sean consumados, en nosotros, en la unidad».

¿Por qué esta verdad fundamental no ilumina todos los instantes de nuestra vida? ¡Cómo cambiaría todo si supiésemos comprender que a través de nuestros pasos diarios prosigue la subida de las almas hacia la Inmutable Trinidad! Sería preciso colocar en todas las encrucijadas de nuestras grandes ciudades un urbano o una flecha indicadora que nos recordara el porqué del mundo y de nuestra vida. Dirección única: la Trinidad. «*One way: to the Trinity!*»

¿Por qué coincidencia providencial me siento impulsado a lanzar desde Nueva York este mensaje trinitario? Sumergido en este inmenso hormiguero humano, ¿cómo no cruzar con angustia ante todos esos rostros de hombres y de mujeres que corren a sus negocios o a sus diversiones, aplastados bajo los *buildings* gigantescos y los rascacielos? No obstante, toda alma humana, a ciertas horas, experimenta esa nostalgia de lo absoluto, esa necesidad de evasión hacia lo eterno y lo divino. ¿Cómo sería posible que nuestra plegaria no se elevara suplicante y fuerte como un clamor redentor en favor de tantos hermanos nuestros que no poseen la Luz? Quisiéramos hacer oír a todas esas masas humanas la advertencia de Cristo: «El cielo y la tierra pasarán, mis palabras permanecerán eternamente».

Todas nuestras grandes capitales modernas pasarán. Nueva York pasará, pero la Trinidad no pasará.

Nueva York, 22 octubre 1956.

I. TRINIDAD Y VIDA ESPIRITUAL

Mi vida: ¡es la Trinidad!

1. El Hijo de Dios revelador del Padre

«A Dios nadie le vio jamás: el Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre, ése nos lo ha dado a conocer»¹. Él nos reveló el secreto de la vida de los Tres.

El Dios de los Patriarcas, de Moisés, de Isaías, de Jeremías, de todos los justos del Antiguo Testamento nos manifestó algunos de sus atributos fundamentales: su bondad, su justicia, su misericordia, la ternura de su amor, su santidad temible, la infinita grandeza de «Aquel que es»². Mas un velo impenetrable ocultaba a los ojos de los hijos de Israel Aquel «que habita una luz inaccesible»³.

He aquí que «después de habernos hablado en otro tiempo y de múltiples maneras por sus profetas, en estos últimos tiempos Dios nos habló por su propio Hijo»⁴,

«Aquel que es su pensamiento, su Palabra, su Verbo, la Imagen de su substancia y el esplendor de su gloria»⁵. «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros»⁶. Él nos reveló el nombre de su Padre y su identidad de naturaleza con Él: «Mi padre y Yo somos una misma cosa»⁷. Nos anunció la venida del Espíritu que renovarías todas las cosas y animaría a su Iglesia con el mismo Espíritu del Padre y del Hijo a fin de encaminar a los hombres a la unión con Dios.

El mensaje del Verbo cambió la faz del mundo. En adelante todas las generaciones de creyentes que quieran «adorar al Padre en espíritu y en verdad»⁸, se prosternarán ante la faz de la Trinidad. Jesús descubrió la Trinidad al mundo, y su Iglesia quedó iluminada para siempre. Vive de esta luz. A través de sus duros combates y de sus noches de Iglesia militante, su vida es una incesante subida hacia la radiante e inmutable Trinidad. En

¹ Jn 1,18.

² Ex 3,14.

³ 1Tim 6,16.

⁴ Heb 1,1.

⁵ Heb 1,3.

⁶ Jn 1,14.

⁷ Jn 10,30.

⁸ Jn 4,24.

su liturgia, ella canta su gozo con alegría: «*O Lux Beata Trinitas!*⁹ *Alpha et omega quem dicimus*»¹⁰.

La Trinidad es la suprema luz de la Iglesia del Verbo Encarnado y el todo de su vida.

2. Un Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo

Dios es *Padre*. De su propia substancia engendra eternamente un Hijo Igual a Sí mismo, su Imagen viviente, la expresión de Sí mismo, el reflejo de su Ser y de sus perfecciones infinitas.

El Padre es Fuente, ésta es su nota característica, la Fuente suprema de todo lo que existe dentro de la Trinidad como de lo que existe fuera de ella. Todo procede de Él. Él es el Manantial del Hijo por vía de generación intelectual. Él es, con el Hijo, el Manantial del Espíritu Santo por vía de amor. Él es la Fuente creadora de todos los seres del universo, el Manantial divinizador de todos los elegidos, predestinados a la visión de su Faz.

Dios es *Hijo*. No sale de la nada; procede del Padre en la identidad de naturaleza. Le es consubstancial, Igual en todas las cosas, en Divinidad, en Poder Omnipotente, en omnipresencia, en inmutable eternidad. El Verbo es, con el Padre, el Dios Aspirador del Espíritu de Amor. Constituyen Ellos Tres, en una actividad indivisible, el Principio y el Término del Universo. El misterio de su Encarnación ha hecho descender «Uno de los Tres» a la tierra y, en Él, la Trinidad habita entre nosotros.

Dios es *Espíritu Santo*. Un Dios procedente del Padre y del Hijo como una llama eterna. El los abraza de amor el uno para el otro en una inefable unidad. Él es el Don mutuo de las Personas divinas, el Don supremo que trae a nuestras almas la Presencia del Padre y del Hijo, la habitación de toda la Trinidad. Él es el Autor de todas las maravillas de la gracia en la que se manifiesta el Amor.

Dios es *Trinidad y Unidad*. Trinidad que no rompe la Unidad, Unidad que se dilata en Trinidad, en la Igualdad absoluta de una misma coexistencia eterna. Ninguna superioridad, ninguna jerarquía de valor entre las Tres Personas divinas, ninguna anterioridad de tiempo. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo poseen la misma naturaleza divina, las mismas perfecciones infinitas. Excepto la distinción de origen, todo se identifica entre Ellas en el orden del Ser, del Pensamiento, del Querer, de la Acción, de todos los atributos divinos entitativos, operativos y morales. La misma Existencia, el mismo Poder, la misma Santidad, un mismo Dios en Tres Personas, una sola Voluntad, una misma Vida inmutable, una misma

⁹ Himno de las primeras vísperas del sábado.

¹⁰ Himno de las primeras vísperas de la fiesta de la Trinidad.

Actividad creadora y divinizadora, una misma gloria en el interior de la Trinidad y en su soberano dominio sobre el universo.

El Padre no es el Hijo, el Hijo no es el Espíritu Santo, el Espíritu se distingue del Padre y del Hijo, pero el Padre no es más que el Hijo, ni el Hijo más que el Espíritu Santo, ni toda la Trinidad más que cada una de las Tres divinas Personas.

Allí donde actúa el Padre, allí opera el Hijo y el Espíritu Santo. Allí donde se halla el Padre, allí se oculta el Hijo, todo el Hijo en el Padre, todo el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo. Viven de una misma Luz, de un mismo Amor, gozan de una misma beatitud en la contemplación de su propia Belleza eterna, en la posesión de una misma Divinidad a Tres.

El Padre ama al Hijo, el Hijo ama al Padre, el Padre y el Hijo se aman y nos aman en el Espíritu Santo, como nos conocen en el mismo Verbo.

Plenamente de acuerdo, en su consejo eterno, los Tres han decidido asociarnos a su vida íntima para que seamos «consumados» en Ellos «en la unidad».

Así el más inescrutable de los misterios se ha convertido para nosotros en el más familiar, el más caro a nuestras almas. Nuestra vida espiritual no es más que una extensión de la vida de la Trinidad. Las misiones divinas llevan a nuestras almas la Presencia real del Verbo y del Espíritu Santo.

¿Cómo no vendría el Padre a habitar en nosotros con su Hijo y su Espíritu de amor? Ahí está la Trinidad invitándonos a «vivir juntos» su amistad. La Trinidad en nosotros y nosotros en la Trinidad, en una vida de unión que refleja su circuminsesión eterna: tal es el secreto de nuestro destino divino y ya, por anticipado, de nuestra felicidad acá abajo.

¿Qué importa lo demás? ¿Qué me importan todas las riquezas de este mundo si yo llegase a perder la Trinidad? Y si yo poseo la Trinidad, ¿qué me importan todos los tesoros del universo! Para mí, la Trinidad es el todo. La Trinidad es mi vida, mi esperanza, mi única luz, «el Principio y el Fin»¹¹ de todo, en el cielo, en la tierra y hasta en los infiernos. «La visión de la unidad: he aquí el fin y el fruto sabroso de toda existencia humana»¹², el término beatificante de nuestros menores actos¹³, el Bien supremo hacia el cual tiende el movimiento del universo. Todo lo que conduce a la Trinidad

¹¹ Ap 1,8; 22,13.

¹² «*Cognitio Trinitatis in unitate est fructus et finis totius vitae nostrae*» (Santo Tomás de Aquino, *Sentencias*, I, Dist., 2 q. I. Exposición del texto).

¹³ «*Haec enim nobis contemplatio promittitur actionum omnium finis atque aeterna perfectio gaudiorum... Hoc est enim plenum gaudium nostrum, quo amplius non est, frui Trinitate Deo ad cuius imaginem facti sumus*» (San Agustín, *De Trinitate* I, VIII, 17, 18).

es deseable, todo lo que se aleja de Ella es desechable. Si supiésemos que cada minuto que pasa es un germen de eternidad, una semilla de Trinidad, no perderíamos ni uno solo y nos sumergiríamos totalmente en la luz pura de la fe, eternizándonos en Dios por el amor.

Dios no ha creado el universo de los cuerpos y de los espíritus, no ha enviado su Hijo al mundo, más que con el fin de hacer de nosotros hijos e hijas de la Trinidad, a imagen del Verbo, bajo el impulso de un mismo Amor. Cristo es el «camino»; la Trinidad, el término. A través de la historia del mundo, la Trinidad conduce a la Trinidad.

3. «Uno de los Tres» murió por nosotros

La Encarnación del Hijo es el acontecimiento clave de la historia del mundo; pero la venida del Verbo entre nosotros no adquiere todo su sentido sino a la luz de la Trinidad. «Uno de los Tres» «bajó del cielo» para «buscar y salvar lo que estaba perdido»¹⁴, «Uno de los Tres» sufrió, «*Unus de Trinitate passus est*», afirma la Iglesia¹⁵. «Uno de los Tres» murió por nosotros». «Uno de los Tres», en fin, mora, día y noche, en medio de su Iglesia militante, escondido en la hostia, «hasta la consumación de los siglos». Adora al Padre, le da gracias, le ruega. Está ahí para comunicarnos todas las gracias de la Trinidad, «Unico Mediador entre Dios y los hombres»¹⁶, entregado totalmente a su misión de «congregar en la unidad a los hijos de Dios que estaban dispersos»¹⁷ y de volverlos con Él al Padre.

Nadie ha expresado mejor que el apóstol San Juan el misterio total del Verbo Encarnado, preexistente eternamente «en el seno del Padre»¹⁸ y venido entre nosotros «para consumir a todos los hombres en la unidad»¹⁹ en El y con el Padre en un mismo Espíritu de Amor. «En el principio era el Verbo y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios»²⁰. Sí, desde el principio Él estaba en Dios, viviendo en la intimidad de su Padre, «Luz de Luz», «Dios engendrado por Dios»²¹, «Figura de su Substancia y Esplendor de su Gloria»²², su Igual en todas las cosas: «Mi Padre y yo

¹⁴ Lc 19,10.

¹⁵ Cf. Carta del Papa Juan II (533-535) en Denzinger, nº 201.

¹⁶ 1Tim 2,5.

¹⁷ Jn 11,52.

¹⁸ Jn 1,18.

¹⁹ Jn 16,23.

²⁰ Jn 1,1-2.

²¹ «*Lumen de Lumine, Deum de Deo, genitum non factum*» (Credo).

²² Heb 1,2.

somos una misma cosa»²³. Todo lo que existe ha sido hecho por Él. Sin Él nada existiría. Él es el Verbo, el prototipo, el ejemplar de todas las cosas. Él es la Sabiduría del Artista Creador. En Él todo es Luz y Vida.

Habiendo quebrantado el hombre, el plan de Dios por su pecado, Él se hizo Sabiduría redentora y recreadora de un universo nuevo, incomparablemente más hermoso que el primero, en el cual todos los hombres, transformados en Él, en hijos adoptivos de la Trinidad, son llamados a la misma vida que la suya, cara al Padre: «¡Oh Padre!, yo deseo que aquellos que Tú me has dado estén conmigo allá mismo donde yo estoy»²⁴.

«Y el Verbo se hizo carne, y ha plantado su tienda entre nosotros. Le hemos visto en su gloria de Hijo Único del Padre. Lo hemos recibido todo de su plenitud»²⁵, puesto que sus tesoros son nuestros. «Vino a las suyas, y los suyos no le recibieron»²⁶, ocupados en otra cosa. Pero, «a los que le han acogido en la fe, les ha dado -oh maravilla- el poder de convertirse en hijos de Dios»²⁷ a su imagen. Nos ha introducido en su seguimiento en la Familia de la Trinidad.

Ha tenido que pagar con su sangre el precio de nuestro rescate. Ha muerto por amor a nosotros. De su Corazón traspasado ha brotado sangre y agua; de Cristo adormecido en la cruz ha nacido la Iglesia de la Trinidad.

4. Nuestra mediadora cerca de la Trinidad

Junto al Nuevo Adán, una Nueva Eva «estaba al pie de la cruz»²⁸, consciente de todo el misterio de la reconciliación del mundo con Dios.

Su «*fiat*» a la Encarnación nos había dado el Redentor y, en el mismo instante, la Madre de Jesús nos adoptó por hijos, indisolublemente unidos al Hijo Único, como los miembros a su Cabeza. Todo es claro para aquellos que tienen el sentido de la Unidad del cuerpo místico de Cristo.

La Virgen de Nazaret se consagró a su maternidad divina y espiritual en comunión cada día más profunda con el alma de su Hijo, entregado totalmente «a las cosas de su Padre»²⁹. Su vida espiritual de Madre de Dios y de los hombres comienza entonces a desplegarse más y más en clima trinitario, ante los horizontes de la redención.

²³ Jn 10,30.

²⁴ Jn 17,24

²⁵ Jn 1,14.18.

²⁶ Jn 1,11.

²⁷ Jn 1,12.

²⁸ Jn 19,25

²⁹ Lc 2,49.

Su misión de mediadora universal, modelándose en la obra misma de Cristo se desarrolla sucesivamente, como la suya, bajo una doble faceta:

-una, de *adquisición* de todas las gracias de salvación,

-otra, desde la tarde del Viernes Santo, de *aplicación* de los méritos redentores y corredentores ganados juntos en el Calvario. Presente en el Cenáculo en medio de los apóstoles, Ella obtiene por su oración todopoderosa, el descendimiento de la plenitud del Espíritu sobre la Iglesia naciente.

Desde su Asunción, la Virgen de la eternidad, viviente siempre con Cristo, junto a Dios, intercede, como Él, en nuestro favor. La Iglesia que lo sabe no cesa de repetirle: «Ruega, ruega por nosotros *ahora*»; es el recurrir constante a la mediación siempre actual de María. La Iglesia incluso nos invita a descubrir una acción más directa y más profunda de la Madre de Dios sobre las almas, a título de asociada de Cristo, como instrumento de la Trinidad³⁰.

Ciertamente la Omnipotencia de Dios hubiera podido prescindir de Ella, como también de la mediación de Cristo y de la Iglesia. Su sabiduría infinita lo decidió de otro modo, predestinando al Hijo y a la Madre a una misma obra redentora, Cristo permanece el Mediador Único, Dios estableció a María Mediadora junto al Mediador, y, por Él, con Él y en Él, nuestra Mediadora cerca de la Trinidad. Cristo es la Cabeza, María es la madre, guardada en la más pura línea de su vocación de mujer: «He ahí a tu Madre»³¹.

«Tal es la voluntad soberana de Aquel que ha querido dárnoslo *todo* por María»³². En la economía actual de la salvación, no hay ni una sola gracia que descienda de la Trinidad a nuestras almas que no pase por las manos mediadoras de María.

5. La Iglesia de la Trinidad

Lejos de disminuir la Única mediación de Cristo, la mediación universal de María sobre nosotros no hace más que poner en mayor relieve la Redención soberana de Cristo, asaz poderosa para merecer a su Madre y

³⁰ «Si enim Verbum per Humanitatem assumptam miracula parat et gratiam infundit, si sacramentis suis, si sanctis suis, tanquam instrumentis utitur ad animorum salutem, cur Matris suae sanctissimae munere et opere non utatur ad Redemptionis fructus impertiendas?» (Encíclica *Ad coeli Reginam*, A. A. S. 1954, tomo 21, página 636.)

³¹ Jn 19,27.

³² «*Sic est voluntas ejus, qui TOTUM nos habere voluit per Mariam*» (S. Bernardo, Sermón *De Nativitate B. M. V.*)

a su Iglesia ser, cada una dentro de su misión, las asociadas y los instrumentos de su acción sacerdotal y real tanto en la vida secreta de las almas como en la conducción de todos los hombres a la Ciudad de Dios.

El sentido trinitario de la vocación de la Iglesia escapa a muchos. Ello no obstante, todo es trinitario en el misterio de la Iglesia:

-su Causa institucional y su origen divino en los consejos de la Trinidad al decretar la Encarnación del Verbo y colocar a Cristo a la cabeza del cuerpo místico;

-su *Cabeza*, que es Uno de los Tres. En ella, el misterio de la Iglesia se enraíza en el interior de la Trinidad;

-su *Alma Increada*, el Espíritu Santo, por apropiación, es decir, en realidad, la Trinidad entera;

-su *triple poder*, participado del de Cristo y que ella ejerce en su nombre: por su *magisterio*, enseña a los hombres todas las verdades cristianas a la luz de la Trinidad. Por su *sacerdocio* ministerial, ofrece a la Trinidad Santa el único sacrificio aceptable por Dios «*Suscipe, Sancta Trinitas*»; comunica a los hombres la vida íntima de la Trinidad por la administración de los sacramentos, partiendo del Bautismo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. En fin, por su *realeza*, por su gobierno espiritual sobre las almas, avanza en medio de las naciones, en sus duros combates de Iglesia militante, encaminando a los hombres hacia la visión de la Trinidad para, en ella, «congregarlos en la unidad»³³.

Así se nos presenta todo el plan de Dios en su síntesis orgánica y en su poderosa unidad:

-En la cima: la Acción primordial de la Trinidad,

-después, en unión personal con el Verbo, la actitud mediadora de la humanidad de Cristo,

-y, en total dependencia, la misión de su Madre, su Asociada en la adquisición y en la distribución de todas las gracias de salvación;

-en fin, sobre el plano inferior, subordinada a la Virgen y a Cristo, la acción ministerial de la Iglesia, depositaria, en la tierra, de los poderes de Cristo-Sacerdote y Rey.

Tales son las perspectivas fundamentales de la comunicación de la vida divina en las almas: *la Trinidad-Cristo-la Virgen-la Iglesia*. Tal es el plan de Dios, sencillo y grandioso a un tiempo.

A través de todos los acontecimientos de este mundo, Dios va realizando su designio único: nos introduce por la gracia de adopción en la familia de la Trinidad para «consumarnos» en ella con el Padre «en la unidad». El

³³ Jn 11,52.

Hijo Único sólo se ha encarnado para ser «el primogénito de una multitud de hermanos»³⁴, animados de un mismo Espíritu de Amor.

Nadie puede tener a Dios por Padre, si no tiene a María y a la Iglesia como Madre.

6. Un alma de Hijo de Dios

El movimiento de vida divina que parte del «seno del Padre» y pasa por el Verbo y el Espíritu Santo, se difunde al exterior, por la gracia y la gloria, en el mundo de los puros espíritus y de los hombres divinizados. El manantial de nuestra vida espiritual está escondido «en el seno del Padre» y el Hijo Único es, por su encarnación redentora, el Río de vida que nos aporta las riquezas de la Trinidad comunicadas al Cristo total. «Ved con que amor el Padre se inclina sobre nosotros, hasta querer que seamos, y no solamente de nombre sino en realidad, sus hijos»³⁵.

El amor del Padre ha tenido la iniciativa de nuestra adopción. «De tal modo ha amado Dios al mundo que le ha dado su Hijo Unigénito»³⁶. «¿Cómo no nos dará de gracia, juntamente con Él, todas las cosas?»³⁷. El Padre nos ha amado, hasta querer comunicarnos *su* propia naturaleza divina, *su* Luz; *su* Amor, *su* felicidad infinita, y nuestra existencia sobre la tierra es ya una participación de su naturaleza trinitaria. Engendra a su Único Hijo en el esplendor de una Generación eterna. Nos ha adoptado por Amor, a imagen de este mismo Hijo. Pero es la misma naturaleza que ha comunicado al Verbo, la Igualdad con el Padre, en la Unidad de una misma Substancia, y a cada uno de nosotros por gracia y participación. Con una diferencia no obstante. El Verbo es, por naturaleza, el Hijo Único del Padre. Procede sólo de Él y no del Espíritu Santo. Los hijos de adopción, ellos, son «hijos de toda la Trinidad»³⁸, divinizados por el Padre, a imagen del Hijo, bajo el impulso de su Espíritu de amor.

Participamos de la misma naturaleza que Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, de los mismos atributos de pensamiento, de amor, de acción, de santidad, llamados a una misma bienaventuranza, a una misma vida inmutable, medida por la eternidad. Ese «consorcio con la naturaleza divina»³⁹ de que habla San Pedro, ese «germen de Dios»⁴⁰ en nosotros,

³⁴ Rm 8,29.

³⁵ 1Jn 1,1.

³⁶ Jn 3,16.

³⁷ Rm 8,32.

³⁸ Santo Tomás, *Summa*, III, 23, 2, ad 2: «*Christus non est filius totius Trinitatis, sicut nos*».

³⁹ 2Pe 1,4.

⁴⁰ 1Jn 3,9.

según la expresión tan realista de San Juan, opera en nosotros una renovación interior que nos reviste por dentro de nuestro ser de la Belleza de la Trinidad. Nos convertimos en imágenes vivientes de la Trinidad, como un cristal transparente e iluminado por el sol, aparece resplandeciente de la misma claridad. La gracia santificante está en nosotros, según la fórmula audaz, pero verdadera, de la teología, «una participación de la Trinidad»⁴¹, es decir de su Ser y de sus perfecciones infinitas, tanto como es posible a una simple criatura ser divinizada por ese don sin igualar a Dios. Ahí se encierra todo el secreto de nuestra vida divina.

Poseyendo un ser *deiforme*, a semejanza de Dios-Trinidad, el alma cristiana es introducida en el ciclo mismo de la *actuación deiforme*, para participar en la sociedad de las Tres Personas divinas, de la vida misma de luz en el Verbo y de amor en el Espíritu Santo. Se encuentra como en su propia casa en la Trinidad, como en el lugar de su reposo, en la casa paterna de donde no quisiera salir jamás. Todo es común entre la Trinidad y ella. Es el «vivir juntos» en una intimidad eterna, la donación mutua en un mismo Verbo y en un mismo Espíritu de amor.

Aquí rozamos la esencia más profunda del cristianismo. Dios es nuestro Padre. «Él nos ha predestinado a ser semejantes a la imagen de su Hijo único»⁴² y a ser introducidos, a título de hijos, en la intimidad de las Tres divinas Personas. Todo cristiano debería de pasar por la tierra con un alma de hijo de Dios, de cara a la Trinidad.

Hija del Padre, del Verbo y del Amor, imagen viviente de la Trinidad, el alma cristiana lleva impresa también la efigie de Cristo-Sacerdote. El bautismo, en efecto, realiza en nosotros una doble configuración con Cristo: con su filiación eterna, por la gracia de adopción, con su sacerdocio, por el carácter que nos da el poder de unirnos a los actos y a los sentimientos más íntimos del alma del Verbo Encarnado, Sacerdote y Hostia de la Trinidad. Esta doble semejanza opera en nosotros una doble consagración. La primera, la más esencial, por la gracia santificante, nos asimila a Cristo en su cualidad fundamental de Hijo de Dios. Esta consagración es a un tiempo la más profunda y la más universal: la más profunda porque alcanza lo más íntimo de la esencia del alma; la más universal porque se extiende a todas las facultades, mientras que el carácter del sacerdocio bautismal no se imprime más que en la inteligencia, facultad de la fe que sitúa oficial y válidamente los actos culturales exteriores.

⁴¹ Gonet, «*Clypeus*», Tratado de la gracia. Disp. H, a 4, corolarios parág. III.

⁴² Rm 3,30.

Este sacerdocio de los fieles une a todos los miembros del cuerpo místico de Cristo en el sacerdocio de su Cabeza, ofrecido por Él en la Cruz y perpetuado ritualmente por su Iglesia en la Eucaristía. Sólo

los bautizados pertenecen a esta «raza real y sacerdotal»⁴³, que hace de ellos miembros vivos de Cristo-Sacerdote y Rey. El bautismo ha grabado en ellos, con carácter indeleble, una participación en la unción sacerdotal del Verbo Encarnado»⁴⁴.

Ellos también son «sacerdotes y reyes»⁴⁵, asociados al mismo culto de amor y de alabanza que se eleva del Corazón del Verbo, partiendo del Cristo total, hacia la adorable Trinidad.

Así, en el orden de la gracia de nuestra filiación divina como en el del sacerdocio, la Cabeza y los miembros no hacen «más que uno». «Vosotros sois “uno” en Cristo», afirmaba San Pablo⁴⁶; una sola persona moral, un solo ser vivo, un solo Sacerdote, un solo «Cristo total» en el que el Padre se complace en hallar en cada uno de vosotros los rasgos vivos de su Hijo Único, el Verbo Encarnado. ¿Qué son los títulos de nobleza más brillantes, comparados con la vocación sublime de los bautizados, que pertenecen a una «raza divina»⁴⁷, constituidos por la gracia, en hijos e hijas de la Trinidad? Los príncipes y los reyes se arrodillan ante los santos. El más pequeño de los hijos de Dios vale infinita mente más que todo el universo. Tiene a Dios por Padre, al Verbo como Hermano mayor y como Cabeza, a María como Madre, a la multitud de los ángeles y de los santos de la Iglesia como hermanos y hermanas en Cristo. Toda la creación está a su servicio. Usa de «este mundo que pasa»⁴⁸ sin pararse en él, queriendo «gozar de la Trinidad»⁴⁹. Camina lejos del Señor por doquier como desterrado en la tierra⁵⁰. Su verdadera patria es la Trinidad que le espera en los cielos.

⁴³ 1Pe 2,9.

⁴⁴ Santo Tomás, *Summa*, III, 63, 3. «*Character sacramentalis specialiter est character Christi, cujus sacerdotio configurantur fideles secundum sacra mentales characteres, qui nihil aliud sunt quam quaedam participationes sacerdotii Christi, ab ipso Christo derivatae*».

⁴⁵ Ap 1,6; 5,10.

⁴⁶ Ga 3,28.

⁴⁷ Hch 17,29.

⁴⁸ 1Co 7,31.

⁴⁹ San Agustín, *De Trinitate*, libro I, PL, XLII, 831.

⁵⁰ Heb 11,13.

7. Un alma de luz

Este título de hijo de Dios es la llave de nuestra vida espiritual. Todo cristiano está llamado a vivir en la intimidad del Padre, en la luz del Verbo, animado en sus menores acciones por un mismo Espíritu de amor.

La fe es la primera que nos introduce en la Familia de las Tres Personas divinas. Nos hace participar en todos los horizontes de Dios. Creer, es penetrar «en el seno del Padre» y ver todas las cosas con los ojos de Cristo. La fe nos hace partícipes de la vida intelectual de Dios. Es en nosotros una participación de la mirada del Verbo sobre Dios y sobre el universo. Nos permite vivir en la Luz de la Trinidad.

En los comienzos, la fe consiste en una simple adhesión a la verdad divina, pero si es viva y está animada por el amor, no tarda en adentrarse en el interior de los misterios. Bajo las iluminaciones personales del Espíritu Santo, penetra el alma en las profundidades de Dios. Ya no vacila, ya no razona, ve, contempla, su mirada se sumerge en los abismos de la Trinidad. Nada queda oculto; bajo las apariencias y los símbolos, toca la Realidad divina. A través de las palabras humanas que componen la Biblia, escucha al Verbo de Dios; iluminada por los dones de ciencia, de inteligencia y de sabiduría, capta todas las cosas en la irradiación del Rostro de Dios. No es aún la visión, pero, por encima de las oscuridades de la tierra, entrevé la Ciudad de Dios. Todo se le aparece a la Luz de «Aquel que es». Saborea, apacible, el secreto de la vida de los Tres y sabe, con certeza, que todo es gracia y misericordia para aquellos que quieren vivir de amor.

No son las más bellas inteligencias las que reciben más luces, sino las más humildes, las de los «pequeñuelos», esos privilegiados de Jesús. «Te doy gracias, ¡oh Padre, porque encubriste esas cosas a los sabios y prudentes y las descubriste a los pequeñuelos»⁵¹.

La fe desarrolla en las almas «el sentido de Cristo»⁵², el instinto de Dios. Tiene necesidad de un clima de recogimiento y de oración para abrirse, y los grandes doctores mismos adquieren esta ciencia divina más por la oración que por los libros. Su biblioteca principal es: el Espíritu Santo. Las luces divinas más elevadas descienden a las almas en el silencio del amor.

Esta sabiduría divina, que radia de los esplendores de la Trinidad, reviste aspectos multiformes. A unos el Espíritu Santo descubre el sentido de las Escrituras, abriendo a sus miradas atónitas el libro de Dios que, para tantos sabios eruditos, es un libro sellado; a otros, este Espíritu de Verdad manifiesta la realidad invisible que envuelve los símbolos sagrados; a todos, revela el Dios escondido.

⁵¹ Mt 11,25.

⁵² 1Co 2,16.

El alma cristiana, guiada por la fe, no camina en tinieblas; Cristo es su luz⁵³. Él se lo aclara todo. Su libro preferido es el Evangelio, en el que el Verbo de Dios le habla. Por encima de todo, escucha al Maestro interior que allí en lo íntimo le descubre cada día más el valor de eternidad de cada segundo que pasa, la nada de este universo creado, la infinita trascendencia de «Aquel que es», la inefable Trinidad que nos invita a perdernos en su Unidad.

8. Un alma de eternidad

En presencia del mundo invisible, el alma se siente extranjera acá abajo. ¿A qué entretenerse en lo efímero? El alma que vive de fe camina hacia lo eterno, sin actitud de violencia, sin negligir las indispensables tareas de este mundo; mas, libre de todo lo que no es Dios. Pasa por la tierra con la mirada fija en el cielo en donde la Trinidad le espera, en donde Cristo la llama, en donde la Virgen radiante, con la multitud de ángeles y de santos, de todos aquellos y de todas aquellas que le han precedido allá arriba, le hacen señas de que se apresure. «El tiempo es corto; los que usan de este mundo se consideran como si no usaran de él, puesto que la faz de este mundo pasa»⁵⁴. ¡El alma cristiana es un alma de eternidad!

La virtud de la esperanza nos da este sentido de lo eterno. Nos comunica la seguridad de que Dios está siempre presente para ayudarnos a conseguir la unión con Él a través de todas las dificultades de la vida. No hay obstáculos para Dios. Con el socorro de su gracia, nada puede desviarnos de Él, ni incluso retardar nuestra marcha hacia Él, ni las contradicciones, ni las amenazas, ni las voluptuosidades pasajeras, ni las persecuciones, ni los padecimientos de toda clase, ni la muerte. Nuestra fuerza invencible radica en la Omnipotencia compasiva de Dios, que no falla nunca. «Si Dios está con nosotros, ¿quién puede levantarse contra nosotros?»⁵⁵. ¿Cómo sería posible que nuestras almas no avanzaran apacibles en un total abandono, en los brazos de un Padre que nos ama y que es Todopoderoso? ¿Por qué la menor inquietud? ¿Quién puede oponerse a la fuerza irresistible de Aquel que ha determinado de antemano el número de sus elegidos? ¡No, nadie podrá arrebatarnos de su mano!

La esperanza es esta virtud de la ruta que nos da la certidumbre de caminar bajo la mirada de Dios. Ningún poder de este mundo podrá jamás prevalecer contra la Iglesia de Dios. «Tened confianza, yo he vencido al mundo»⁵⁶, afirmaba Jesús. A nosotros nos toca avanzar, siempre apoyados en la Fuerza del Eterno.

⁵³ Jn 8,12.

⁵⁴ 1Co 7,31.

⁵⁵ Rm 8,31.

⁵⁶ Jn 16,33.

Almas bienaventuradas que vivís de esperanza, dejaos conducir sin temor por el Poder del Padre, por la Sabiduría del Hijo, bajo el soplo del Espíritu de amor. Gustad anticipadamente la bienaventuranza de los justos. La vida cristiana es la felicidad del cielo comenzada acá abajo. Ya las almas fieles, heroicas, en la medida misma de su confianza y de su amor gozan de la Trinidad de una manera aún imperfecta y en la oscuridad de la fe, pero con la certeza de una esperanza indefectible.

¿No lo ha dispuesto todo la Providencia para el mayor bien de los elegidos? Ella los protege a través de todo. Les otorga de día en día, con liberalidad divina, todos los socorros necesarios en sus menores necesidades.

Si sucede que flaquean todos los apoyos humanos, habrá entonces llegado, para el alma cristiana, la hora de la suprema esperanza, que se refugia sólo en Dios. «Las horas desesperadas son las horas de Dios». En el instante mismo en que todo se derrumba, la milagrosa Providencia interviene y lo salva todo. Jamás el Dios del amor ha dejado que se perdiera uno solo de sus hijos.

¿Por qué he de temblar? Estoy en las manos del Dios Fuerte, Todopoderoso. Y además, la tierra pasa. Mañana para mí será ya el pasado. No tengo «ya aquí abajo morada permanente»⁵⁷. Corro en busca de la Ciudad eterna que me espera. Esta vida efímera pronto dará lugar a otra que no se acaba. «*Vita mutatur non tollitur*»⁵⁸. Vivir es sobrevivir. El alma no muere, la muerte nos eterniza en Dios.

9. Un alma divinizada

El alma cristiana, con la mirada fija en Dios por la fe, dirigida hacia la eternidad por la esperanza, encuentra su impulso y su reposo en el amor:

-su impulso, porque la caridad le empuja a prodigarse sin cuenta por la salvación de las almas.

-su reposo, en la posesión apacible del Dios Inmutable, sin otra preocupación que la de cantar su gloria.

Todo es divino en el alma en la que triunfa el amor. No tiene más regla que la voluntad de Dios, su reino sobre el universo, la gloria de su nombre. A imitación de Cristo, su «manjar consiste en cumplir la voluntad del Padre»⁵⁹, en realizar fielmente su mandato sobre la tierra, en trabajar con todas sus fuerzas en la obra por excelencia anhelada del Padre: la consumación de todos los hombres «en la unidad» de la Trinidad. Vive de cara al Padre en una contemplación continua, sin otra preocupación que

⁵⁷ Heb 13,14.

⁵⁸ Prefacio de la misa de difuntos.

⁵⁹ Jn 4,34.

su gloria, con miras a realizar en su propia experiencia la divisa de Jesús: «Yo hago siempre aquello que place a mi Padre»⁶⁰. Como el Verbo Encarnado que cumple todas las cosas a la perfección, «*bene omnia fecit*»⁶¹, ella transforma también sus menores pasos en actos de puro amor.

Al alma que ha alcanzado esas cimas de unión divina, ¿qué le importa la salud o la enfermedad, la benevolencia o la calumnia? Se supera a sí misma, ya no vive en la tierra de los hombres, vive en la Trinidad, consumada en la unidad del Padre con el Hijo, al ritmo de un mismo Espíritu de amor.

Y no se vaya a tildar de perezosas a esas almas porque viven apacibles y recogidas en su interior, en la presencia de Dios. Los ajetreados de la tierra, los hiperactivos de este mundo, cuyo amor está aún demasiado mezclado con lo humano, demasiado dominado por su propio «yo», y a pesar de la prodigalidad de sus esfuerzos, están contaminados de esterilidad, trompetas ruidosas, «bronces resonantes»⁶², nos advierte San Pablo, el gran Apóstol, que había sabido encontrar el secreto de su prodigiosa y perdurable fecundidad en su amor apasionado por Cristo y en su unión con el Crucificado.

El amor es lo que mide el valor de una vida. Una gran vida es un gran amor, una pobre vida, un pobre amor; una vida miserable, un amor miserable. Se comprende que el Maestro de los maestros nos haya recordado con tanta fuerza ese supremo precepto de la ley de Dios y de su Evangelio. «Escucha Israel», y tú aún más, alma cristiana, «escucha bien: He aquí el primero, el mayor de todos los mandamientos»⁶³, aquél al cual convergen los demás: Vivirás con amor, de cara a Dios. «Amarás a tu Dios con toda tu inteligencia», es decir consagrándole toda tu atención, toda tu reflexión hasta descartar todo pensamiento inútil. «Amarás a tu Dios con toda tu voluntad», es decir no escogiendo más que a Él en todas las cosas, no queriendo más que su gloria, su reino, su voluntad, desterrando de tu corazón el menor movimiento que no vaya a Él encaminado. El verdadero amor es terriblemente celoso, no acepta ningún rival. Dios no quiere compartir con nadie la gloria de ser nuestro Dios, el todo de nuestra vida. Dejemos a Dios ser Dios en nosotros. En fin, «amarás a Dios con todas tus fuerzas», es decir que todo en ti, el cuerpo y el alma con todas sus facultades, serán consagrados al amor, día y noche, por el tiempo y la eternidad.

⁶⁰ Jn 8,39.

⁶¹ Mc 7,37.

⁶² 1Co 13,1.

⁶³ Mt 12,37.

La vida del alma cristiana, fiel a su bautismo, es un himno incesante de puro amor a la gloria de la Trinidad. Sólo tiene un deseo, un ideal: vivir de amor para morir de amor y eternizarse en Dios en el amor. El Evangelio lo enseña: la santidad es el amor, no la penitencia, ni la austeridad, ni los éxtasis, ni siquiera las grandes acciones. Incluso el martirio en sí mismo no tiene valor si no es por el amor que lo anima. Las acciones más banales se pueden realizar con el amor más divino. Ahí se oculta el secreto de la santidad de Teresa de Lisieux, que San Pío X designaba como «la mayor santa de los tiempos modernos». Si alcanzó ese grado de santidad sublime fue porque dentro de la Iglesia ella quiso ser el amor. No nos ha dado otro ejemplo la familia de Nazaret: la vida más divina bajo las apariencias más ordinarias.

La grandeza de una vida y de una muerte se miden por el amor. En el atardecer de la vida y al fin del mundo seremos juzgados sobre el amor.

10. Un alma corredentora

Identificada con Cristo por el amor, en una misma preocupación primordial de la gloria del Padre, el cristiano trabaja con Él en la redención del mundo. La fe le descubre, en cada alma, un valor de eternidad. Un alma: he ahí todo un universo espiritual predestinado a ser una «alabanza de gloria»⁶⁴ de la Trinidad. El verdadero apóstol siente en sí mismo la misma angustia redentora que arrancó a Cristo «un sudor de sangre»⁶⁵. Cuanto más un alma está invadida por el Espíritu Santo, más comparte con Cristo la agonía de la redención. ¿Cómo salvar a tantas almas de su perdición eterna? ¿Cómo retornar al fervor a tantas almas consagradas, que tendrían que vivir en las cimas de la perfección?

De esa tristeza redentora ha nacido la Iglesia misionera, ávida de evangelizar a todos los pueblos para darlos a Cristo. ¿Quién pudiera mencionar las formas múltiples e indefinidamente variadas del celo de las almas en la Iglesia de Cristo: apostolado de todas las razas, de todos los ambientes, de todas las clases sociales? Un alma auténticamente cristiana no se deja encerrar en sus horizontes personales como en un *ghetto*. Es católica, es universal. ¿Qué son las diferencias de rango social, de color, de nacionalidad, de cultura entre los hombres ante su unidad esencial e indisoluble en Cristo? No hay ni judío, ni griego, ni hombre, ni mujer, ni americano, ni ruso, ni chino, ni alemán, ni francés, ni patronos, ni obreros: todos, sois «uno» en Cristo»⁶⁶, un solo hombre, una sola persona mística, un solo Cristo indivisible, el «Cristo total», solidarios unos de los otros en una misma comunidad de destino. Por su parte, cada cristiano es

⁶⁴ Ef 1,12.

⁶⁵ Lc 22,44.

⁶⁶ Ga 3,28.

responsable de la salvación de todo el mundo. Un alma que se eleva, eleva al mundo, un alma que se envilece rebaja al mundo. Toca a cada uno trabajar en su lugar por el bien de todos. Nadie está exento de esta tarea redentora. Cada uno debe de escoger su puesto de combate al servicio del cuerpo místico de Cristo. Nadie puede, sin egoísmo, resistir al llamamiento angustioso de las almas. Sirvamos humildemente y con valentía, en nuestro lugar, convencidos después de todos nuestros esfuerzos, que somos, según la palabra del Señor, «siervos inútiles»⁶⁷. Los mayores entre los apóstoles tienen conciencia de no ser más que un grano de arena en la Ciudad de Dios. Guardémonos de clasificarnos entre los mejores obreros apostólicos. Sería ridículo creer ingenuamente que la Providencia nos ha confiado el sector de apostolado más importante para la vida de la Iglesia. Uno sonrío ante estos apóstoles modernos que, con presunción e ilusión, equiparan su tarea apostólica a todas las dimensiones eclesíásticas, a todas las necesidades del universo. El que trabaja en los ambientes obreros no ve más que el proletariado mundial, que ciertamente ha surgido en todas partes como un nuevo continente humano, penetrando las ciudades y los campos, sin ningún límite en el espacio y en el tiempo, invadiéndolo todo. No obstante, al lado de los problemas del mundo obrero hay otros problemas no menos fundamentales: la reconstrucción de la familia cristiana y la educación de la juventud que prepara el porvenir; problemas de organización del trabajo, en toda la escala social, en clima cristiano; problemas de estructura y de coordinación de los diversos movimientos especializados de la Acción Católica para la penetración de todos los ambientes; problemas de adaptación de mil formas de la vida religiosa, suministrando a la Iglesia educadora, hospitalaria y misionera, sus mejores apoyos; problemas mayores de reclutamiento, de formación, de colaboración fraternal del clero diocesano y regular, que constituyen la jerarquía de la Iglesia y dan al pueblo cristiano sus jefes.

El hombre, espíritu encarnado, verdadero microcosmos, reúne en sí mismo todas las tendencias y todas las necesidades del universo. Se halla en la encrucijada de todos los apetitos. De ahí la complejidad extrema del menor problema humano. Es preciso guardarse de cualquier peligrosa simplificación de óptica que tienda a reducirlo todo a una sola perspectiva; por vasta que sea. En todos los planos material y espiritual, individual, familiar, social, internacional, y en todos los dominios: económico, político, científico, militar, diplomático tanto como en el religioso y místico, se juega la suerte de las almas, el destino eterno del hombre, en este universo de la redención.

⁶⁷ Lc 17,10.

Existen dos tipos esenciales y complementarios que aseguran la fecundidad y la perennidad de este apostolado eclesial: la acción y la contemplación. Guardémonos de separarlos, y aún más de oponerlos. Uno y otro brotan de una misma caridad. ¿Cuál es la forma más necesaria a la Iglesia, la más eficaz? La que procede de un amor más ardoroso.

El alma contemplativa de la carmelita o del cartujo que se hunde en la soledad del claustro o en el silencio del desierto, lleva consigo a toda la Iglesia. Si es fiel, de noche y de día lleva al mundo entero en su oración ante Dios. Pero la humilde madre de familia que se prodiga, también ella, a todas las horas del día y de la noche, al servicio de sus hijos y de su hogar, prepara a los santos para la Ciudad de Dios. Ese joven obrero testigo de Cristo en su fábrica o en su taller, esa mecanógrafa en su despacho, esa religiosa misionera, educadora o veladora de enfermos, ese sacerdote, humilde párroco rural que vela sobre su rebaño, ese exegeta, ese historiador, ese teólogo, esos hombres de ciencia, inclinados sobre sus textos o sus manuscritos, todos trabajan, a su modo, en la edificación de la Ciudad de Dios. Al fin del mundo, la parte de cada uno será manifiesta, pero la multitud de los elegidos, reconociendo que en su vida todo es gracia y misericordia, agitarán sus palmas ante el trono del Cordero, es decir, de su Cristo Salvador: se prosternarán en adoración y acción de gracias en presencia de Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

11. Un alma decidida

Guiada por la fe, abrasada por el Espíritu de Amor, el alma cristiana avanza, resuelta, hacia el Dios de su felicidad. Escoge los caminos más rápidos, los medios más eficaces. En modo alguno está perpetuamente vacilante, como tantas almas veleidosas, totalmente llenas de proyectos maravillosos que no cristalizan en nada. Sabe lo que quiere: Dios. Va directamente a su fin, hacia la santidad más alta, para su mayor gloria: es un alma decidida.

En vano se levantan ante ella mil obstáculos, nada puede desviarla de sus planes. Un alma que mira a Dios no retrocede jamás. La prudencia cristiana, la sabiduría de la cruz tiene horror de tergiversar, de temporizar, de pesar continuamente el «pro» y el «contra». Opta por Dios audazmente, queriendo unirse a Él por los senderos más cortos. Si las circunstancias exigen heroísmo, ¡qué importa! ¿No está siempre Dios allí con su Providencia? La fe ha trazado la ruta, la esperanza entra por ese camino, el amor no calcula, todos sus poderes de acción convergen en el servicio de Dios.

Iluminada por el Verbo, sostenida por la Omnipotencia del Padre, llevada por el Espíritu de amor, la prudencia cristiana sabe descubrir, a través de las inextricables complicaciones de una existencia humana los atajos que conducen a Dios. Se deja conducir por la Iglesia, instruir por la experiencia,

iluminar por el ejemplo de los santos. A sus ojos, el pasado explica el presente y hace presentir el porvenir. Por encima de todo, presta oído al Espíritu Santo. A las luces de la reflexión humana se añaden, en ella, las iluminaciones prontas, a veces carismáticas del Espíritu Santo, que le indican el mejor camino. De ello tiene la certidumbre: toda existencia auténticamente cristiana es una subida al Calvario. Toda santidad culmina en la Cruz. Quiere caminar sobre las huellas de Cristo y permanecer con El crucificado en su lugar, sin frases, sin actitud de víctima, alegre y siempre con la sonrisa.

Con dependencia de las virtudes teologales y bajo el impulso del amor, la prudencia dirige el conjunto de nuestra actividad moral. Al tiempo que respeta la naturaleza especial de la justicia, de la fortaleza y de la templanza, asigna a cada una su misión en la economía de las virtudes, recogiendo el impulso de todo el ser humano hacia el Dios-Trino. Hace descender las más elevadas luces contemplativas en el detalle de la vida práctica, pues la perfección no consiste en arrullar bellas fórmulas místicas, ni en el espejismo de cosas extraordinarias, sino en el cumplimiento del deber del propio estado con el máximo amor. La santidad es la vida cotidiana divinizada.

Dios nos traza, de día en día, el camino a recorrer. El Espíritu Santo con su soplo septiforme ilumina a las almas según sus responsabilidades y su respectiva vocación en el cuerpo místico de Cristo. Este espíritu de sabiduría y de consejo hace pasar la inmutable voluntad de Dios y los designios eternos de la Trinidad en cada una de nuestras vidas, elevándonos en una fe transfigurada por el amor, por encima de las banalidades en las cuales tantas pobres vidas quedan atascadas.

Movido por el Espíritu del Padre y del Hijo, el cristiano avanza cada día con fortaleza, según una mística bien equilibrada: con los dos pies sobre la tierra, las dos manos en el trabajo, la mirada y el corazón en Dios, de cara a la Trinidad.

12. Un alma justa

Si tuviésemos el sentido de la justicia cimentado sobre la grandeza enteramente divina de cada uno de los miembros del cuerpo místico de Cristo, tendríamos la preocupación de dar a cada uno lo que le es debido. No hablemos solamente de caridad. Justicia primero. Respeto inviolable de los derechos de cada uno, sin querer jamás perjudicar a nadie en el libre desarrollo de su vocación cristiana. Si una preferencia tuviera que haber sería para los pobres y los pequeños.

Todos los hombres merecen ser tratados como personalidades espirituales, revestidas de la dignidad sublime de hijos de Dios o llamados a serlo. En ese obrero de rostro ennegrecido y manos callosas, en esa mujer jornalera que se agota trabajando, tengo que ver a un hijo y a una

hija de la Trinidad. Si yo tuviese fe, los consideraría como seres de sangre real de «raza divina»⁶⁸. Respeto de su conciencia, de su pureza, de su dignidad de hombre o de mujer, de su nobleza de templos vivos del Espíritu Santo; y favorecería, al máximo, la manifestación legítima de su personalidad de hijo y de hija de Dios. La sociedad toda y el universo entero están al servicio de una personalidad humana, predestinada a una vida de intimidad con las Tres personas divinas. ¡Perezca el universo para salvar al alma del menor de los hijos de Dios «coheredero de Cristo»⁶⁹, «heredero de Dios» y de las insondables riquezas de la Trinidad!

Justicia en todo, en las grandes y en las pequeñas cosas. Jamás la menor crítica infundada, jamás la más pequeña maledicencia, jamás la más ligera calumnia que heriría a uno de nuestros hermanos o a una de nuestras hermanas en Cristo. Seamos justos para con todos, como nuestro Padre celestial que hace salir el sol sobre los buenos y sobre los malos, dejando a cada uno el cuidado de correr su suerte y de ser dueño de su destino. El juicio final «dará a cada uno según sus obras»⁷⁰ y las pobres pecadoras convertidas os precederán en el reino de los cielos⁷¹.

Pero hay un orden en la justicia. Si hemos de respetar los derechos de todos, hay seres humanos que tienen prioridad sobre nosotros: nuestros padres, nuestros educadores, nuestros jefes, todos nuestros superiores. Hemos de acercarnos a ellos con deferencia y afecto, y en cuanto de penda de nosotros sostenerlos, hacerles más fácil su labor de gobierno por una docilidad filial, rodearlos de agradecimiento y de veneración; sin actitudes rígidas, sin adulación servil, ni bajezas con la inalienable dignidad de hombres libres, responsables de su conducta sólo ante Dios.

La santidad tiende a cumplir todas las cosas con justicia, pero siempre con la sonrisa de la caridad.

Por encima de todo, la justicia salvaguarda los derechos de Dios. Hace suya la divisa tan hermosa de Juana de Arco: «Dios, el primer servido». Pero, ¿quién piensa en la gloria de la Trinidad?

13. Suscipe, Sancta Trinitas

Si tuviésemos el sentido de Dios, quisiéramos pasar nuestra vida en la tierra, como los bienaventurados en el cielo, en la adoración de «Aquel que es». El universo es nada en comparación con la Trinidad. No nos dejemos distraer de lo esencial por la marcha ruidosa de las causas segundas. ¿Qué es la creación del mundo al lado de la silenciosa Generación del

⁶⁸ Hch 17,29.

⁶⁹ Rm 8,17.

⁷⁰ Mt 16,27.

⁷¹ Mt 21,31.

Verbo en el seno del Padre y de la eterna Espiración del Amor en quien culmina en la Unidad, la vida íntima de la Trinidad? Todo en el universo, desde el átomo a Cristo, está ordenado a cantar el poder del Padre, la sabiduría del Hijo, el Amor que es el Espíritu Santo. La Iglesia que el Espíritu de Dios asiste, no cesa de proclamar: «Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo». Pero en su impotencia para alabar a Dios dignamente, se refugia en el alma de su Cristo, para hacer subir «por Él, con Él y en Él todo honor y toda gloria al Padre, en la unidad del Espíritu». «Per Ipsum et cum Ipso, et in Ipso est tibi Deo Patri omnipotenti, in unitate Spiritus Sancti, omnis honor et Gloria»⁷².

Hemos llegado aquí al centro más vital del misterio del cristianismo. La misa ocupa en la vida cotidiana de la Iglesia militante el mismo lugar dominador que el Calvario de la historia del mundo. Cristo, escondido en la Hostia, permanece presente en medio de los hombres, en su Iglesia de la tierra, para continuar en ella su obra primordial de la glorificación del Padre y su misión de Redentor del mundo. El Corazón Eucarístico de Jesús es el verdadero centro del mundo desde donde se derrama la vida divina a toda la Iglesia.

El Cristo de la misa, el Crucificado del Gólgota, está siempre allí, levantado entre el cielo y la tierra para reconciliar a los hombres con Dios y unirlos a su alabanza adoradora y reparadora de Verbo Encarnado. En las profundidades de esta alma del Verbo Redentor es donde hay que unirse a la oblación de la misa y saber penetrar, por encima de los sentimientos de adoración, de acción de gracias, de plegaria y de expiación reparadora, hasta el amor infinito del Corazón de Cristo. Esos cuatro fines clásicos del sacrificio eucarístico, que dan un relieve especial a la virtud de la religión, tienen que estar vinculadas, como a su manantial, a la vida teológica del alma del verbo Encarnado.

Contemplativo del Padre, viviendo continuamente en la claridad de su Faz, el Cristo de la gloria, presente en la Hostia, ve desplegarse bajo su mirada beatífica todos los horizontes de la Trinidad. Su alma, irradiada por el Esplendor del Verbo, contempla con admiración las infinitas perfecciones de Dios en todo el universo. Esta deslumbradora visión se convierte en Él en inspiradora del amor, de la adoración, de la acción de gracias, de la plegaria y de la expiación reparadora. Todo es luz en su alma de Verbo Encarnado, pero luz que se resuelve en amor. La visión cara a cara de los abismos de la Trinidad despliega en Él un amor irresistible que finaliza en una alabanza de un valor infinito.

De este modo, el sentimiento que domina su alma de Cristo, en la Eucaristía como en otros tiempos en la tierra, como ahora en el cielo, es su amor por su Padre, el interés primordial por su gloria. Todo lo demás,

⁷² Canon de la Misa.

incluso la redención del mundo, ocupa un lugar secundario a sus ojos y se orienta hacia ese último fin. ¿No decía Él en la víspera de su muerte: «A fin de que sepáis que yo amo a mi Padre, levantaos; salgamos de aquí»⁷³. Era la señal de la partida hacia su Pasión para la gloria del Padre.

Asimismo antes de ser un sacrificio de adoración, de acción de gracias, de plegaria y de expiación, la misa es una oblación de amor, en la cual el Verbo Encarnado ofrece a su Padre su inmólación de la Cruz.

La Iglesia de la tierra, como la pequeña gota de agua del cáliz, sólo tiene que hacer una cosa: perderse en la alabanza de amor que se eleva del Cristo de la misa hacia la adorable Trinidad. Ved porque cada mañana la Iglesia militante, antes de lanzarse a sus duros combates, levantando el cáliz y la hostia, se recoge en el alma de su Cristo, murmurando con Él, en el silencio del amor: «Suscipe, Sancta Trinitas!»

14. Un alma adoradora

Consciente de su importancia para tributar a Dios el culto «en espíritu y en verdad»⁷⁴ que le es debido, la Iglesia de la tierra se pierde en la adoración de Cristo. «Con Él, por Él y en Él».

¿Qué son todas las bellezas de la tierra junto a la hermosura de la Trinidad? ¿Qué son los más terribles poderes de este mundo al lado de la soberana dominación sobre el universo de Aquel que, jugando, creó todos los mundos? Por encima de todo, Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo, Trinidad en la Unidad, Unidad en la Trinidad.

Dios es *Padre* de una fecundidad infinita, fuente suprema de esta Deidad bienaventurada en la que, en una sociedad eterna, la Trinidad culmina en la Unidad en una misma Plenitud de Luz, de Amor y de Gozo sin fin.

Dios es *Hijo*, un Dios engendrado por el Padre. Figura de su substancia y Resplandor de su gloria, su Pensamiento, su Verbo, su Palabra viva y creadora, Expresión adecuada de todos los misterios de Dios, Aquel que, reposando inmutable «en el seno del Padre» canta en Él todos los esplendores de la Trinidad.

Dios es *Espíritu Santo*, Soplo de amor del Padre y del Hijo. Soplo creador que ha hecho brotar los mundos de la nada. Soplo santificador que introduce a las almas y a la multitud de los puros espíritus en «comunió»⁷⁵ con el Padre y el Hijo, Soplo regenerador y divinizador al que se deben todas las maravillas de la gracia y de la gloria.

¿Quién puede comprender la Naturaleza inefable y la trascendencia Increada de ese Dios, tres veces Santo, ante el cual los ángeles se

⁷³ Jn 14.31.

⁷⁴ Jn 4,23.

⁷⁵ 1Jn 1,3.

abismos en su nada, reconociendo su indigencia absoluta en presencia de «Aquel que fue, que es»⁷⁶ y que será por los siglos de los siglos? Como nosotros, los ángeles afirman que sólo Cristo, un Dios-sacerdote, posee suficiente potencia de amor y de adoración para ser el mediador de una alabanza que ellos quieren infinita. «*Per quem laudant angeli*»⁷⁷.

El Cristo de la misa, inmolado por puro amor, en nombre de su Iglesia hace subir al Padre la adoración de todos. Adora en nombre de la multitud de todos los espíritus puros, desde los ángeles inferiores hasta lo más elevado de los serafines. Adora en nombre de la innumerable multitud de los escogidos «venidos de la gran tribulación de la tierra»⁷⁸ que ahora rodean el trono del Cordero «con palmas en la mano»⁷⁹. Adora en nombre de todos los fieles de la tierra que, a través de las oscuridades de la fe, se prosternan «con Él, por Él y en Él » en presencia del Dios Trino. Junto a Él, la Virgen Mediadora⁸⁰, unida a su Hijo único, hace subir hacia el Padre la alabanza adoradora de sus otros hijos.

La misa, es el acto más sublime de la Iglesia militante. Para cada uno de nosotros es el instante supremo en el que nuestra vida personal se encuentra valorizada al infinito por nuestra unión a la alabanza de Cristo. Es la hora en que la Iglesia de la tierra, elevándose por encima de sus tareas cotidianas para fijarse en la contemplación del Dios Trino, anonadada de admiración en presencia de «Aquel que es», se refugia en el alma de su Cristo. Allí, escondida en Él, adora y enmudece: «*Silentium Tibi laus!*»

15. Un alma agradecida

La Virgen del «Magnificat» es el modelo de las almas que remontan hasta Dios, por la acción de gracias, todos los beneficios recibidos. «Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu se estremece de gozo en Dios, mi Salvador»⁸¹ -A Él solo: honor y gloria por todos los siglos⁸²-. Es el que realiza en medio de nosotros todas las maravillas. «El Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas y su nombre es santo»⁸³. Se inclina hacia los

⁷⁶ Ap 11,17.

⁷⁷ Prefacio de la misa.

⁷⁸ Ap 7,14.

⁷⁹ Ap 7,9.

⁸⁰ La Iglesia de la misa se establece, desde el principio del canon, en comunión con la Iglesia triunfante, pero, «en primer lugar» con la Virgen María, Madre de Dios: «*in primis*».

⁸¹ Lc 1,47.

⁸² Rm 16,27.

⁸³ Lc 1,49.

humildes y los pequeños. Fiel a sus promesas, ha hecho resplandecer «sus misericordias»⁸⁴ sobre su pueblo. La Madre del Mesías halla su gloria suprema en cantar al Señor.

Consciente de haberlo recibido todo de su Dios, la Iglesia de la misa se une al himno de reconocimiento que en todo instante, en uno u otro punto del globo, se eleva del alma del Verbo Encarnado hacia el Padre. ¿Quién mejor que Él, puede medir la amplitud infinita de las liberalidades divinas? Cristo ve a Dios cara a cara, contempla la Trinidad misericordiosa, perpetuamente inclinada sobre nuestra miseria para librarnos de ella y divinizarlos. Todas las gracias que descienden de la Trinidad en el universo de la redención pasan por las manos de Cristo. Las conoce todas. Sabe de la infinita ternura del Padre por cada uno de sus hijos. Le da las gracias en su nombre. ¿No son ellos sus rescatados, «los miembros de su cuerpo»⁸⁵?

La menor gracia recibida en cada una de nuestras vidas halla un eco de reconocimiento en el alma de Cristo. Toca a nosotros repetir en la hora de la misa, con Él y en Él: «gracias» a la Trinidad.

-Gracias por todos los beneficios de Dios sobre nosotros;

-beneficio de nuestra existencia personal, que nos ha hecho salir de la nada,

-beneficio del bautismo, seguido de una educación cristiana que nos ha preservado de desviarnos lejos de Dios,

-beneficio de tantas comuniones eucarísticas que, día tras día, nos han guardado para Cristo,

-beneficio de todos los perdones después de nuestras interminables recaídas,

-beneficio del sufrimiento purificador y liberador,

-beneficio del encuentro con tantas almas que nos han ayudado a descubrir el verdadero camino que conduce a Dios,

-beneficios de toda suerte, que nos han situado en la luz y en la paz de la inmutable Trinidad.

Cristo-Sacerdote agradece al Padre todas las gracias pretéritas, presentes y futuras concedidas a su Iglesia. Él es el agradecimiento viviente del universo que reúne en Sí mismo, en su persona de Verbo Encarnado, todas las formas de bienes creados y todas las riquezas de la Trinidad. Su agradecimiento sobrepasa infinitamente todos los dones de Dios.

⁸⁴ Lc 1,50.

⁸⁵ 1Co 12,27.

Toca a nosotros perdernos, como la pequeña gota de agua del cáliz, en esta acción de gracias infinita.

16. Un alma de oración

La oración es la respiración del alma en Dios. Sin ella, viene la asfixia. De ahí que haya tantas pobres vidas cristianas anémicas, como plantas raquílicas. Les falta el aire puro y el sol de Dios. La oración lo transfigura todo. El alma más banal, la más miserable incluso, pero que se pone a rezar con fervor, rápidamente está transformada en Dios. Los santos han sido, todos, hombres de oración. Es un hecho de experiencia. Tenían las mismas pasiones, las mismas debilidades que nosotros, pero sabían apoyarse en la fuerza misma de Dios. La santidad es la recompensa del alma que ora.

La misa es la hora por excelencia de la omnipotencia de la oración. ¿No es ella Cristo suplicando por su Iglesia? ¿Cómo podría el padre negar alguna cosa a su Hijo? «Siempre me oyes»⁸⁶, afirmaba Jesús. La epístola a los Hebreos nos describe en términos patéticos la oración de Cristo en la tierra: empapada «de lágrimas»⁸⁷ y elevándose a Dios «como un clamor» redentor; «*cum clamore validos*»⁸⁸, acompañado a veces, como en Getsemaní, «de un sudor de sangre»⁸⁹, añade el Evangelio. «No nos ha amado en broma», sino hasta entregarse a la muerte por nosotros.

La misma fuerza de súplica omnipotente brota también del Corazón de Cristo, escondido en la Hostia, para su Iglesia militante. Se está allí continuamente «ante la faz del Padre a fin de interceder en nuestro favor»⁹⁰. Pide a su Padre por todos los pueblos y por todas las almas la aplicación de las gracias de salvación merecidas en la cruz. La misa hace pasar sobre cada uno de nosotros todos los frutos de la Redención. En la hora del sacrificio Eucarístico, el mismo Crucificado viene a cada uno de nosotros para identificarnos con Él en un mismo impulso de oración adoradora y redentora. La misa es la misma oración del Crucificado prolongada en nosotros.

Cristo-Sacerdote ora por la Iglesia, por todas sus necesidades materiales y espirituales. Ruega por sus apóstoles, por sus sacerdotes, por sus vírgenes, por todos los suyos. «Padre, yo no te pido que los saques del mundo, puesto que el mundo los necesita. Yo te pido que los guardes de

⁸⁶ Jn 11,41.

⁸⁷ Heb 5,7.

⁸⁸ Heb 5,7.

⁸⁹ Lc 22, 44.

⁹⁰ Heb 7,25.

todo mal»⁹¹. ¡Qué fuerza tan invencible si supiésemos en toda circunstancia refugiarnos en la oración todopoderosa de Cristo! Tendríamos que repetimos sin cesar: en este momento Cristo intercede por mí junto al Padre. Ve mis esfuerzos, conoce mis debilidades, sabe que tengo necesidad de su apoyo salvador. En las horas difíciles, humanamente desesperadas, Él está ahí con su fuerza soberana para ayudarnos a superar todas las dificultades. Nada es obstáculo para el alma que ora.

La Iglesia, que lo sabe, no cesa de volverse hacia Cristo en la misa, uniendo su oración frágil a la irresistible intercesión de Cristo junto a la Trinidad. «Tenemos un abogado cerca del Padre»⁹². Es suficiente un llamamiento a Cristo para obtener en la tierra, de manera ordinaria o milagrosa, la intervención de la Omnipotencia de Dios. La misa, es toda la Iglesia en oración uniéndose a la súplica de Cristo en un mismo Espíritu de Amor.

En el instante del «*Pater noster*», el Espíritu Santo mismo, el Espíritu del Padre y del Hijo viene a nosotros para inspirarnos cómo hemos de rezar. Un mismo sentimiento de ternura filial y de confianza sin límites ha de animar la plegaria de los cristianos unida a la de Cristo. «*Abba, Padre*»⁹³. Toda la vida de oración de la Iglesia está contenida en esta única palabra. A través de los siglos no cesa de repetir: «Padre, tu gloria, tu reino, tu voluntad, tu gracia, tu perdón, tu socorro, la liberación de todo mal». Amén. ¿Hay algo más sencillo y más sublime que el «*Pater noster*»? Esta oración, que la Iglesia ha aprendido del mismo Señor, constituye no solamente la fórmula más perfecta de oración, sino también la síntesis de toda santidad. En la cima: la preocupación primordial de la gloria del Padre y de la santidad de su nombre. Después, su reino de amor y el triunfo de su gracia en nuestras almas, que nos transformará en santos para mejor glorificarle. Y he aquí el cambio más rápido hacia la más elevada perfección indicada en esta palabra decisiva: «*Fiat!*» El cumplimiento de la voluntad de Dios, por amor, es la llave de toda santidad, pero con la ayuda de su gracia, día tras día, esperando de nuestro Padre del cielo que nos dé, como a sus hijos, «nuestro pan cotidiano», «sólo para hoy». ¿Por qué inquietarse por el mañana? «Mañana, Dios se levantará antes que el sol» y proveerá de nuevo a todas nuestras necesidades. Incluso nuestras perpetuas faltas no son ningún obstáculo. Es suficiente confesarlas lealmente y ese Dios de misericordia vendrá, Él mismo, a perdonar a sus hijos. En la hora de la tentación, Dios está siempre allí, pero quiere que se le llame Su gloria de Padre, ¿no consiste acaso en salvar a todos sus

⁹¹ Jn 17,15.

⁹² 1Jn 2,1.

⁹³ Rm 8,15; Ga 4,6.

hijos? Así, hora por hora, segundo por segundo. Él nos libra de todo mal y nos con duce a la vida eterna para que permanezcamos allí con Él y su Hijo en la unidad de un mismo Espíritu de amor.

¿Cómo no aspirar a ser un alma de oración cuando se sabe que la oración pone a nuestra disposición la Omnipotencia de Dios?

17. Un alma de sacrificio

El espíritu de sacrificio es la esencia misma del cristianismo; no el gusto del sufrimiento por sí mismo, sino el don de sí por amor. Todo el poder redentor de Cristo le viene de su cruz: «Cuando seré levantado sobre la tierra atraeré todas las cosas hacia mí»⁹⁴.

El Calvario ocupa un lugar central en la economía de la salvación. ¿No lo llamaba el Maestro su «hora»⁹⁵ por excelencia? Vinculaba a él una importancia tal que ha querido perpetuar toda su realidad substancialmente en la Eucaristía, a fin de asociar todas las generaciones a su sacrificio redentor y hacerles, en cierto modo, contemporáneos del misterio de la cruz. El mismo Sacerdote Principal, la misma Hostia, los mismos fines glorificadores y redentores en la misma medida del fervor actual de la Iglesia, que aporta cada día su propia gota de sangre al cáliz de la redención. «Yo completo en mi carne lo que falta a la Pasión de Cristo, en favor de su Cuerpo místico que es la Iglesia»⁹⁶. La misa es la inmolación del hombre unido a la de Dios. Cristo y su Iglesia no hacen más que uno en la misa, en la ofrenda de una misma inmolación de amor a la Trinidad santa.

Juntos constituyen una sola Hostia adoradora y redentora, reparadora de todos los pecados del mundo, obteniendo a cada una de nuestras almas y a la Iglesia entera la aplicación de todos los méritos de Cristo Salvador, de la Virgen y de los santos.

No es solamente en el misal que hay que seguir la misa, sino también en el alma del Crucificado. Hay que aceptar el acompañar a Cristo hasta el Gólgota, haciendo con Él una sola víctima, no solamente en los labios, sino con la ofrenda total de la propia vida hasta la muerte. Si tantas vidas cristianas son estériles, si tantos esfuerzos apostólicos obtienen tan poco resultado, harto a menudo es porque ha faltado la milagrosa fecundidad del sacrificio que se manifiesta en la obra de los santos. Sólo se salva a las almas en la medida en que uno mismo está crucificado. Toda redención se opera en la cruz.

⁹⁴ Jn 12,32.

⁹⁵ Jn 2,14.

⁹⁶ Col 1,24.

18. Un alma magnánima

Un alma cristiana tendría que vivir siempre de cara a todos los horizontes de la redención. Somos responsables los unos de los otros. No sólo el pecado de Adán, cuyas repercusiones persisten incalculables en nuestra raza, sino todo acto humano reviste un alcance cósmico, y sólo el juicio final permitirá medir la resonancia universal de cada uno de nuestros actos sobre el conjunto del cuerpo místico de Cristo⁹⁷. Si el mundo de los ángeles se regocija de un solo pecador que se convierta, nuestros menores actos cotidianos, realizados por amor, se manifestarán un día en la gloria de Cristo y aumentarán el gozo de todo el paraíso.

Hay que tener la mirada amplia; no nos dejemos encerrar en el marco limitado en que se desenvuelve nuestra vida de hombre o de mujer. Riámonos piadosamente de las sonrisas escépticas o divertidas que sorprendemos a nuestro alrededor. Nada puede alcanzar a un alma que se evade hacia lo eterno. Con las alas de la fe y del amor, siempre nos es posible refugiarnos en el Dios inmutable. Nada puede alterar la serenidad de un alma que vive en la paz de la Trinidad. Sigue rectamente su camino, con la mirada fija en su Cristo, ávida de trabajar con Él por la extensión del reino de Dios, a la mayor gloria del Padre. Acepta la humilde tarea que Dios le confía, pero la cumple con grandeza. La fe lo transfigura todo, el amor lo eterniza todo. Podemos realizar los actos más sublimes con un alma banal; podemos realizar la acción más común con un alma divinizada. Este fue el secreto de santidad de la Familia de Nazaret: la vida más divina bajo las apariencias más ordinarias.

Nuestros actos más sencillos, en unión con Cristo, revisten amplitud infinita y un inconmensurable valor de eternidad. En cada uno de nuestros actos, con Él, edificamos la Ciudad de Dios.

19. Un alma de mártir

No es por azar que la Iglesia cuenta por millones sus mártires. Seguir a Cristo en la tierra supone llevar su propia cruz cada día. La fortaleza es una de las notas fundamentales de los verdaderos discípulos de Cristo. De nada sirve hacer hermosos proyectos de perfección si no se pone resueltamente manos a la obra. «No son aquellos que repiten: Señor, Señor»⁹⁸ u otras plegarias semejantes, sino aquellos que cumplen la voluntad de Dios, los que entrarán en el paraíso. «El reino de los cielos es de los que se hacen violencia»⁹⁹, de los que nada niegan al Amor. La santidad exige la donación total.

⁹⁷ Cf. Santo Tomás, *Summa*, I-II, 21, a. 3 y 4.

⁹⁸ Mt 7,21.

⁹⁹ Mt 11,12.

Dios no pide imposibles. Prescribe a cada uno la forma de santidad de su deber de estado; el socorro de su gracia nos acompaña en cada uno de nuestros pasos. Ser santo: no es correr tras lo extraordinario, ni rebuscar acciones brillantes, sino, sencillamente, ser fiel a la tarea cotidiana con el máximo de amor. No hace falta más para ser canonizado. Una fidelidad absoluta y sonriente constituye la trama habitual de la existencia de los santos. Su vida se asemeja a la nuestra. Han comido y bebido en la misma mesa que nosotros, dormían y descansaban a fin de recuperar las fuerzas para mejor servir a Dios. No soñemos en santidad de éxtasis, en maceraciones extraordinarias, pero no desperdiciemos ningún pequeño sacrificio, ninguna mirada, ningún pensamiento inútil: andaremos con seguridad sobre las huellas de la «pequeña Teresa» de Lisieux, cuyo modelo preferido fue la Virgen de Nazaret, pasando en medio de las más humildes ocupaciones del hogar como una mujer de nuestro pueblo, pero toda de Dios por la fuerza de la fe y el heroísmo del amor. «Fiel en las pequeñas cosas»¹⁰⁰: he aquí el secreto de la santidad evangélica. Jesús, el Maestro de los maestros y el Modelo supremo, no ha obrado de otro modo durante los treinta primeros años de su vida. Nos ha asegurado, con sus palabras y con su ejemplo, que esta «fidelidad a las pequeñas cosas» es el camino más corto para llegar a la más alta santidad. El heroísmo de la pequeñez conduce al heroísmo de la grandeza. Nazaret ha orientado la Corredentora del mundo hacia el Gólgota. Miles y miles de mártires se han preparado silenciosamente con su labor diaria a la inmolación suprema. En toda alma de cristiano ha de ocultarse un alma de mártir.

20. Un alma virgen

La virginidad es una de las glorias más puras del cristianismo. Su espíritu ha penetrado hasta el mismo matrimonio. La castidad conyugal ha de llevar un reflejo de la pureza de Cristo.

Mas, no todos los cristianos han de permanecer vírgenes. Desde el comienzo de la raza humana, el Criador dijo: «No es bueno que el hombre esté solo. Tengo que darle una ayuda semejante a él»¹⁰¹. Después les prescribió: «Creced y multiplicaos. Llenad la tierra»¹⁰². Así, Dios ha creado el hombre y la mujer «a su imagen»¹⁰³ a fin de poblar el universo con otros seres humanos, imágenes vivientes de su Trinidad.

La unión del hombre y de la mujer es, pues, legítima, destinada por la Providencia para preparar la Ciudad de Dios. Sus cualidades complementarias, su tarea respectiva han de mantenerles unidos ante

¹⁰⁰ Lc 16,10-19,17.

¹⁰¹ Gn 2,18.

¹⁰² Gn 1,28.

¹⁰³ Gn 1,27.

Dios en vista a la fundación de un hogar cristiano. Dos bautizados unen sus vidas, en presencia de Cristo, para continuar su obra redentora dándole sus escogidos; no solamente cuerpos, sino almas inmortales que la Trinidad creadora llama, valiéndose de ellos, a la existencia y a la santidad. Después del sacerdocio no hay nada más sublime en la tierra que la misión de un padre y de una madre, que han recibido de Dios el encargo de «formar a Cristo»¹⁰⁴ en el alma de sus hijos.

Los mismos padres con ello ganan para su amor una llama más y más pura, a imitación de la ternura de Cristo para su Iglesia, en vista de una misma fecundidad divina. ¿No es su misión específica la de multiplicar los templos vivos de la Trinidad? ¡Y, no obstante, incomparablemente por encima del matrimonio está la virginidad!

Ser *virgen para Cristo*: he aquí el anhelo supremo de las almas cristianas. Guardarse pura, totalmente inmaculada, con toda su potencia de amar, intacta para Cristo, no hacer más que uno con Él y dejarse consumir en Él, en la Unidad de un mismo Espíritu de amor.

Ser *virgen para Cristo*, es no tener otra mirada, otro pensamiento, otro amor que Él, otra preocupación que su gloria, otro móvil que su beneplácito: «Lo he hallado, lo he amado, me he dado a él para siempre. Su presencia me hace estremecer de amor y su contacto me virginiza». «*Quem cum amavero casta sum, cum tetigero munda sum, cum accipero virgo sum*»¹⁰⁵.

Ser virgen es pasar por la tierra como una transparencia de Dios. Virgen para Dios, Virgen para la Trinidad.

Ser *virgen para la Trinidad*: es guardar en su lozanía original todas las fuerzas vivas del cuerpo y del alma para consagrarlas como en un templo viviente, a la gloria del Eterno, a la única gloria del Eterno. Todo es luz, pureza y gozo liberador en el alma virgen en la que habita el Espíritu de amor; es la vida toda divina, desbordante de una fecundidad infinita, a imagen de la Vida inefable de la «Primera Virgen»: la Trinidad.

Ya no hay soledad en el alma virgen sino la presencia continua del Dios de amor; ya no hay tristeza ni nostalgia sino el gozo beatificador de vivir con un Ser infinito que nos asocia, a través de todas las cosas, a su vida eterna, a la Generación del Verbo y a la Espiración del Eterno Amor.

Si se conociesen los goces embriagadores de esa pureza totalmente divina, nada ya en la tierra atraería nuestras miradas.

Ser *virgen para la Trinidad*: es ir derechamente a la Luz, al Amor, a la Vida para perderse sin retorno en la Beatitud de los Tres.

¹⁰⁴ Ga 4,19.

¹⁰⁵ 4º Responsorio, 2º nocturno. Festividad de Santa Inés.

21. Hija de la Iglesia

La Iglesia es nuestra Madre. Nos engendra a la fe por su magisterio, nos comunica la gracia por su sacerdocio, nos conduce a la Ciudad de Dios por su gobierno espiritual. Nos alumbraba continuamente a la vida Dios. El alma cristiana es hija de la Iglesia.

Dócilmente el alma cristiana se deja aleccionar, poniendo toda su inteligencia, toda la lucidez de su espíritu en comprender mejor su fe. Busca las razones de creer, contempla el conjunto de los misterios cristianos a la luz superior y unificadora de la Trinidad. Reflexiona, ora, siente que la trascendencia de Dios la sobrepasa infinitamente, pero con la guía de la Iglesia y sus doctores capta más y más la armonía profunda del plan de Dios, que, a través de todos los acontecimientos de la historia del mundo, realiza su designio único: comunicarnos su propia vida e introducirnos en su familia divina para permanecer allí para siempre «en sociedad con el Padre y el Hijo»¹⁰⁶ en la unidad de un mismo Espíritu de Amor.

En todas las etapas de su existencia en la tierra, el alma cristiana pide al sacerdote de la Iglesia que la divinice; se acerca a los siete sacramentos como a las fuentes de la vida, que Cristo ha confiado a sus sacerdotes, a fin de que por medio de su ministerio transformen las almas en Él. El bautismo nos hace hijos de Dios y de la Iglesia; la Confirmación nos señala como militantes, testigos, y apóstoles de Cristo, los defensores de su Iglesia; la Eucaristía opera cada día más y mejor nuestra transformación en Cristo por el amor; la penitencia nos devuelve la vida divina perdida por el pecado y nos libra de las tendencias malas que amenazan nuestros progresos hacia la santidad. Conforme a nuestra vocación personal en el Cuerpo místico de Cristo, el Orden y el Matrimonio fijan nuestra misión al servicio de la sociedad cristiana: después, cuando viene el atardecer, el Cristo de nuestro bautismo viene a buscarnos y, después de una suprema unción de su misericordia, nos lleva derechamente al paraíso. El alma cristiana se adhiere con todo su corazón a las menores directrices de la Iglesia, fiándose en la misión que Cristo encargó a Pedro y a sus sucesores. Ha retenido las palabras de Jesús: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra yo edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán jamás contra ella»¹⁰⁷. Se acuerda también de esta advertencia del Maestro: «Quien os escucha, a Mí me escucha, quien os desprecia, a Mí me desprecia»¹⁰⁸. Obedecer al Papa es obedecer a Cristo, rechazar al Papa es rechazar a Cristo. Las leyes de la Encarnación y las condiciones

¹⁰⁶ 1Jn 1,3.

¹⁰⁷ Mt 16,18.

¹⁰⁸ Lc 10,16.

de nuestra naturaleza humana, a la vez corporal y espiritual, ¿no exigen acaso intermediarios visibles que puedan asegurarnos que Cristo nos habla por medio de ellos? Todo es divino y humano en la Iglesia de Cristo, a imagen de su Fundador, verdadero Dios y verdadero hombre, en la unidad de una misma Persona divina.

Pero el alma increada de la Iglesia es la Trinidad.

A través de la jerarquía visible, el alma cristiana entra en comunión con la Trinidad invisible:

- con la naturaleza del Padre, por la gracia de adopción del bautismo,
- con el Verbo, por la fe que nos propone el magisterio de la Iglesia,
- con el Espíritu de amor, por la caridad que nos sitúa en el corazón de la Iglesia en plena comunión de los santos,
- con la acción indivisible de toda la Trinidad, en el mundo que utiliza a voluntad suya las causas segundas y la realeza de su Iglesia para la realización de sus designios eternos.

Nosotros pertenecemos a un cuerpo *eclesial* cuya Cabeza está en el interior de la Trinidad; el Verbo Encarnado, asociándonos en la unidad de una misma personalidad mística a su gracia, a su Pensamiento, a su Amor, a su acción, a su sufrimiento expiatorio, al culto filial de su sacerdocio eterno.

Ei alma cristiana, por ser hija de la Iglesia, se convierte en la heredera de la Trinidad, la coheredera de Cristo, llamada a una misma gloria en la visión del Verbo, en quien acabará un día la historia del mundo en «la consumación de todos los hombres en la unidad» con Dios.

22. Un alma mariana

Toda alma cristiana es mariana. ¿Cómo podría ser de otra manera? ¿No es a Ella a quien debemos Cristo? Su misterio toca el infinito. La lleva hasta los confines de la Trinidad, en la que María penetra como Madre del Hijo. Allí reside el secreto de su grandeza suprema, de todos sus privilegios, de todas sus gracias, de su acción en las almas y en los espíritus puros, de su lugar en el universo. Ella es Madre de Dios. Ella tiene por Hijo, al Hijo Único del Padre de quien procede eternamente el Espíritu Santo. En pleno ciclo de la vida trinitaria se origina su maternidad divina, que la asocia en el tiempo a la Generación eterna del Verbo.

Ninguna criatura ha entrado en los abismos de la Trinidad como Ella. Sin éxtasis en la tierra, sin visión beatífica, sin conocimiento al modo angélico, Ella vivía apaciblemente en la intimidad de las Tres Personas divinas en la pura fe, pero una fe luminosa, totalmente alumbrada por los dones del Espíritu Santo, a veces, acompañada de claridades proféticas necesarias a su misión de Madre de Dios y de los hombres.

Nada sobresalía en el exterior, sino la fidelidad sencilla de una mujer de nuestro país. Pasaba inadvertida, y a nadie de su alrededor se le hubiera ocurrido designarla como a la Madre de Dios, la Corredentora del mundo, la Reina de los ángeles y del universo. Es el modelo de las almas sencillas cuya sola grandeza reside en el interior.

Su vida de intimidad con Dios era lo primero. «Meditaba en su corazón»¹⁰⁹ en presencia del misterio de Cristo que se realizaba ante Ella. Como su Hijo, María estaba totalmente ocupada en la gloria del Padre, tratando cerca de Él los negocios de nuestra salvación. La Trinidad no tenía secretos para Ella, pues la había constituido en su Mediadora universal. Fue la Virgen del «Fiat, la única criatura que ha realizado plenamente todos los designios de Dios sobre sí misma. Al ofrecer su Hijo Único en el Calvario por sus otros hijos, Ella nos ha alumbrado verdaderamente a la vida de la Trinidad. Cristo lo ha proclamado desde lo alto de su cruz: «¡He aquí a vuestra Madre!»¹¹⁰.

Ahora, desde lo alto del cielo, en los esplendores de su gloria vela por nosotros, más madre que nunca. Consciente de esta mediación siempre actual de María, la Iglesia de la tierra no cesa de recurrir a Ella para obtener todas las gracias que han de encaminar a las almas, a través de todas las crucifixiones de este mundo, hacia la Trinidad beatificante.

La Madre de Jesús no espera de nosotros más que una cosa: que vayamos a Ella con un alma de hijo.

23. Identificación con el alma de Cristo

El alma de Cristo es la riqueza suprema del universo, el bien común de la Iglesia militante, paciente y triunfante. En ella residen todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia; en ella, la santidad y el poder de un Dios.

Desde el instante de su creación, esta alma de Cristo ha revestido una dignidad infinita por su unión personal con el Verbo de Dios. Subsiste en lo sucesivo en el Verbo, Igual al Padre; y Cristo ha podido exclamar, en una serena afirmación: «Mi Padre y yo somos una misma cosa»¹¹¹. «Antes de que Abraham naciese, yo existo»¹¹².

Enteramente rodeada de las claridades del Verbo, el alma de Cristo vive continuamente de cara al Padre, en el goce de Dios. Su inteligencia penetra todos los abismos de la Trinidad y sondea, a la Luz creadora, la inmensidad de los mundos. Nada del universo escapa a su mirada de Cristo.

¹⁰⁹ Lc 2,19.

¹¹⁰ Jn 19,27.

¹¹¹ Jn 10,30.

¹¹² Jn 8,58.

La santidad de Dios habita, en su plenitud, en el alma de Cristo, como en el más hermoso Templo vivo de la Trinidad. En Él, todas las armonías de la creación, de la redención y de la gloria se apropian la voz del Verbo, del «*Christus musicus*», para cantar las magnificencias de Dios. Cristo une su nota personal de un valor sin igual: la oblación de amor de un Dios-Sacerdote y Hostia hace subir, noche y día, hacia la Trinidad santa la alabanza infinita de su sacerdocio eterno.

Todas las riquezas de la redención de Cristo son nuestras. Nuestra, su expiación redentora, nuestros sus méritos infinitos, su adoración, su plegaria, su acción de gracias, su inmolación de amor. El pecado ya no existe entre Dios y nosotros después que Cristo ha muerto por nosotros. La Cabeza y sus miembros no forman más que una sola persona mística. Todo lo que ha hecho en el orden de la salvación, ha sido realizado por cada uno de nosotros. Nuestra raza ha sido rescatada en Él. No constituimos más que un solo hombre nuevo, que se desarrolla a través de los siglos: el Cristo total. Esta indivisible unidad del cuerpo místico de Cristo con su Jefe nos da el poder de apropiarnos todos los valores de redención de la infinita plenitud de gracia del Verbo Encarnado. Nosotros somos ricos de su alma de Cristo.

Nuestra vida espiritual: es Él. Cristo es nuestra luz, nuestro amor, nuestra adoración, nuestra acción de gracias, nuestra oración, nuestro salvador, nuestro todo. Sin él no podemos nada. Él es el alma de nuestra alma, el principio de todos nuestros actos, el modelo de nuestra vida, nuestro Fin supremo. Aquel que lo realiza todo en todos.

Todo el secreto de la santidad consiste en perderse en Cristo para ir, por Él y en Él, al Padre con su alma de Hijo.

24. Consumada en la unidad de la Trinidad

El alma cristiana hija de la Iglesia, totalmente mariana e identificada con Cristo, tiende, con todo el peso de la gracia, a dejarse «consumar» en Él, «en la unidad» de la Trinidad. Ahí está la razón de ser de su propia existencia y de la historia del universo. A través de todo, Dios nos configura «a imagen de su Hijo»¹¹³ para hacernos partícipes con Él y en Él de su vida trinitaria.

Cuando el último de los elegidos habrá sido introducido por la Visión del Verbo en la Familia de la Trinidad, el mundo cesará. Este universo de padecimientos y de muerte dará lugar a un universo nuevo: «nuevos cielos, nueva tierra»¹¹⁴, en el que «Dios será todo en todos»¹¹⁵. Entonces

¹¹³ Rm 8,29.

¹¹⁴ 2Pe 3,13.

¹¹⁵ 1Co 15,28.

todos los escogidos, a la luz del Verbo, descubrirán el porqué de «la gran tribulación de la tierra»¹¹⁶ bendecirán a Dios por sus misericordias. Comprenderán en plena claridad, esta verdad fundamental que escapa a nuestra óptica de hombre o de mujer, ávidos de una felicidad inmediata: que el Evangelio de la cruz es el Evangelio del amor. El plan de Dios resplandecerá: encaminar las naciones, por las llagas del Crucificado, hacia los esplendores de la Trinidad.

La plegaria suprema de Jesús se habrá realizado por fin: Padre, Tú en Mí. Yo en ellos, y ellos en Nosotros, como Nosotros, consumados en la unidad¹¹⁷.

A la pura luz de la Trinidad, se manifestará el sentido profundo de la creación del mundo, de la existencia de los ángeles y de los hombres, de la venida del Hijo Único al mundo para, por medio de su Encarnación, «congregar a todos los hijos de Dios en la unidad»¹¹⁸.

25. Gloria Tibi, Trinitas

Una sola palabra resonará en el silencio de la eternidad: el Verbo. En Él todos los elegidos cantarán las misericordias del Padre y la gloria de la Trinidad. Se prosternarán ante el trono de Dios y del Cordero en una acción de gracias eterna: «Bendición, gloria, sabiduría, agradecimiento y fortaleza a nuestro Dios por los siglos de los siglos»¹¹⁹. Introducidos para siempre en la Familia de la Trinidad, en el soplo del mismo Espíritu de Amor que consume la Trinidad en la Unidad, todos los escogidos elevarán al Padre, por el Hijo, una adoración sin fin: GLORIA TIBI, TRINITAS!

¹¹⁶ Ap 7,14.

¹¹⁷ Jn 17,21-23.

¹¹⁸ «El misterio de la Santísima Trinidad, declaraba el Papa León XIII, es llamado por los Doctores la “substancia del Nuevo Testamento”, es decir, el mayor de todos los misterios, el manantial y fundamento de todos los otros. Para contemplarlo y conocerlo los ángeles han sido creados en el cielo y los hombres en la tierra. Este misterio permaneció velado en el Antiguo Testamento; y para manifestarlo con mayor claridad Dios mismo descendió de la mansión de los ángeles a los hombres: A Dios nadie le ha visto jamás: el Unigénito Hijo, el que está en el seno del Padre mirándole cara a cara, Él es quien le dio a conocer (Jn 1,18)» (Encíclica *Divinum illud munus*, del 9 de mayo de 1897). Así Dios no ha creado el mundo de los ángeles y de los hombres, no ha enviado su Hijo único a la tierra, no gobierna el universo más que para conducir a los predestinados a esta beatífica visión de la Trinidad. Fue objeto de la plegaria suprema de Jesús antes de morir: «Padre, que sean UNO, como nosotros» (Jn 16,11).

¹¹⁹ Ap 5,12-13.

II. HOSTIA DE LA TRINIDAD

*Ser Hostia de la Trinidad
es realizar el propio bautismo*

1. Un programa de vida trinitaria

El fondo del misterio de Cristo es la Cruz: «Él se ofreció a Dios como hostia»¹.

Este texto de San Pablo nos revela el secreto de la economía de la salvación; el contexto pone de relieve el móvil de esta redención: el amor. «Sed, pues, imitadores de Dios, como hijos que sois muy queridos. Seguid la senda del amor, a ejemplo de Cristo, que nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros como oblación y hostia a Dios en olor de suavidad»².

La muerte de Cristo fue una inmolación de amor, a la gloria del Padre, por la salvación del mundo; y habrá siempre en la Iglesia almas generosas, heroicas, perfectas imitadoras de Cristo, que ofrecerán su vida a Dios en una incesante oblación de amor.

Por vocación, todo cristiano está consagrado a la cruz; pero guardémonos bien de desviarnos de la simplicidad del Evangelio. No soñemos en cosas extraordinarias. No tomemos una actitud de víctima demasiado forzada que nos singularice y nos dé a nosotros mismos la ilusión de que nos contamos, ante Dios y ante los hombres, entre las almas privilegiadas. Tracemos humildemente el surco de nuestra vida, día tras día, conscientes de nuestra debilidad y con la convicción de que aquel que siembra no puede nada si no le ayuda el Dueño de la mies. ¡A El toda gloria!

Ser hostia de la Trinidad: es simplemente tomar en serio los compromisos del bautismo y vivir como hijo de Dios, bajo el signo de la cruz, por la práctica de todas las virtudes cristianas. La *fe* nos introduce en la intimidad de las Tres Personas divinas, la *esperanza* nos hace tender hacia Dios para hallar en Él nuestra felicidad suprema en la posesión perfecta de la Trinidad, el *amor* nos arrastra hacia Dios para su mayor gloria y para la extensión de su reino en el

¹ Ef 5,2: «*Tradidit semetipsum hostiam Deo*».

² Ef 5,2.

universo. Cuanto más se vive de puro amor, más se glorifica a Dios, más almas se salvan en unión con el Crucificado.

La vida teologal constituye el clima espiritual, la atmósfera habitual de una Hostia de la Trinidad: la mirada continuamente puesta en Dios por la fe, el corazón orientado hacia el por la esperanza, el alma, más y más transformada en Dios por el amor. «Sobrepasando todas las cosas visibles, ella fija su morada en Dios, en la sociedad de las Tres Personas divinas, habitando con Ellas en una misma vida de luz, de amor y de gozo». Esta fe contemplativa, eminentemente práctica, guía su acción, y le descubre tanto el sentido divino de los grandes acontecimientos de este mundo como el de los más insignificantes detalles de su vida. No se detiene en las causas segundas. Iluminada por el Espíritu Santo, por los dones de inteligencia, de ciencia y de sabiduría, juzga todas las cosas a la claridad de Dios, con la mirada de la Trinidad.

Nada espera de la tierra. Todo pasa. Camina hacia lo eterno con el solo deseo de perderse en Dios para «gozar de la Trinidad» en la unidad. Apoyada en la Omnipotencia misericordiosa de Dios, avanza con un alma de eternidad, «en un total abandono, sin inquietud y sin pereza, atenta a ejecutar, día tras día, todo el bien, grande o pequeño, que esté a su alcance, preocupada únicamente de la gloria del Padre, en la gozosa libertad y en la confianza sin límites de los verdaderos hijos de Dios».

Por encima de todo, vive de *amor*. No busca los éxtasis sino la voluntad de Dios, una perfecta conformidad a sus designios, el don total de su persona y de sus bienes. Todo en ella está consagrado a Dios, a su mayor gloria, a la extensión de su reino. Se supera al infinito. Vive de Dios por Dios, en «el puro amor, pero sobre la cruz». El puro amor no es lo extraordinario, sino «la intimidad de todos los instantes con Dios, sin que nada venga a distraer al alma de este oficio de amar». Ya no escoge; se adhiere sin reserva a todos los querer de Dios, sin otra preocupación que darle amor y trabajar, a través de todo, como Cristo, para la gloria del Padre. «Su ideal es la hostia: el don de sí mismo por amor».

Quisiera que el amor abrasara todo el universo y que todos los seres de la creación proclamaran la «alabanza de gloria»³ de la Trinidad. «Anhela participar de todos los sufrimientos de Cristo para salvar al mundo con Él, hostia para la Iglesia con Cristo.»

³ Ef 1,12.14.

Este ideal sublime ha de traducirse en la práctica diaria de la vida. Si las virtudes teologales guardan al alma dentro de la vida inmutable, en comunión íntima con las Tres Personas divinas, las virtudes morales le permitirán, a través de todas las cosas hacer labor eterna.

La *prudencia*, iluminada de lo alto por el don de consejo, da un sentido divino a los menores actos de su vida. «A través de las inextricables complicaciones de su existencia humana», ¿no realiza ella los designios eternos de la adorable Trinidad? Nada de banal en sus proyectos y en sus decisiones; se mueve constantemente en el plan de la redención. Sabe que con su acción modesta pero querida por Dios, se convierte en colaboradora de la Trinidad, y, con Cristo, bajo la guía de la Iglesia, con cada uno de sus actos, edifica la Ciudad de Dios.

No vive aprisionada en sus horizontes personales. Tiene una visión grande, como la Iglesia, consciente de la repercusión cósmica de nuestros menores actos humanos en todo el universo de la redención. Pertenece a un cuerpo místico que se despliega en el espacio y en el tiempo con la amplitud, sin límites, del Cristo total. No vive solitaria. Se siente ligada a todos los hombres, a todos los ángeles, a toda la familia de los hijos de la Trinidad. De donde, en ella este sentido de *justicia* que da a cada uno lo que le es debido, con equidad, con gratitud, y también y siempre con la sonrisa de la caridad.

Quiere que sean proclamados bien altos, públicamente, los derechos de Dios. A Él: amor, adoración, acción de gracias, plegaria y reparación por todos los crímenes de los hombres, por todos los pecados del universo: «Una Hostia de la Trinidad es un alma adoradora y reparadora, un alma de oración y de alabanza que, cada mañana, en comunión con el sacrificio eucarístico, va a identificarse a todos los movimientos del alma de Cristo».

La hora por excelencia, en efecto, para cada cristiano de tributar a Dios el honor que le es debido, es la del sacrificio de la misa en la que la Iglesia militante une su ofrenda a la alabanza personal de Cristo. La misa tendría que ser cada día el instante decisivo en que el alma cristiana, puesta en presencia del Crucificado, parte con Él a la conquista del mundo para la mayor gloria de la Trinidad. Sobre todo en la misa es cuando el alma fiel a su bautismo tiene que ser Hostia de la Trinidad, «hostia con la Hostia» a la gloria del Padre.

Tendríamos que saber extraer del sacrificio eucarístico aquella *fortaleza* que forja a los mártires y a los santos. Un cristiano es «otro Cristo» Crucificado, que sigue trabajando en la tierra para la gloria del Padre y por la redención del mundo, en un don total por amor. «Una hostia de la Trinidad es un alma crucificada, fiel a Dios en las más pequeñas cosas, sin espíritu de minucia pero sin negligencia, buscando, como Cristo, cumplir la voluntad del Padre hasta el menor detalle», con el máximo de amor. No ama el ruido ni la virtud alborotada e indiscreta que quiere atraerse las miradas. Prefiere al heroísmo de grandeza, el heroísmo de pequeñez, que ofrece a su Dios una alabanza más pura, en la conciencia de su propia debilidad, no queriendo substraer al Todopoderoso la menor parcela de gloria.

Hay una virtud cristiana de la que todos han de participar según su estado, pero que algunas almas privilegiadas han sido llamadas a realizar por una consagración total de su ser a la gloria de Dios: la pureza de los santos. Ser Virgen para Cristo. *Ser Virgen para la Trinidad*. Guardar su alma pura, separada del mal, virgen, con toda su potencia de amar, intacta para Cristo. Incluso ellos y ellas, entre los bautizados, que han caído en el pecado, pueden volver a hallar en Cristo un alma virgen, en adelante totalmente entregada al Amor, y alcanzar así las más altas cimas de la santidad. Nada es obstáculo para la Misericordia divina; es suficiente creer en el Amor y abandonarse a Él. Dejarse amar es dejarse divinizar.

Para ser un perfecto cristiano, «otro Cristo», hay que tomar a María por madre y vivir con Ella con un corazón de niño. «He aquí a vuestra Madre», proclamaba el Crucificado; pero añadía: «He aquí a vuestro Hijo», enseñándonos así a recurrir a Ella con una confianza enteramente filial, seguros de ser atendidos. Cuanto más pequeño se es, más Madre se muestra María. ¿No es suya la misión providencial de «formar a Cristo» en cada uno de nosotros?

Tal es el programa de toda vida cristiana: de la Trinidad del bautismo a la Trinidad de la gloria a través de todas las crucifixiones de la vida.

UN SOLO OBJETIVO: LA TRINIDAD

UN SOLO CAMINO: CRISTO,

UN SOLO MÓVIL: EL AMOR,

Y COMO ESTRELLA: MARÍA.

2. Hostia de la Trinidad

UNA HOSTIA DE LA TRINIDAD es *un alma de fe*, que sobrepasando todas las cosas visibles ha fijado su morada en Dios, en la sociedad de las Tres Personas divinas, viviendo con Ellas en una misma vida de luz, de amor y de gozo. A la luz de su fe todo le aparece en la historia del mundo y los acontecimientos de su propia vida, como una manifestación de esta voluntad divina que, hasta en los más insignificantes detalles del universo, realiza sus designios eternos. Sabe que la cruz es la gracia suprema de nuestra configuración con Cristo y que a través de todas las noches de la Iglesia militante, se prosigue la subida luminosa en las almas hacia la inmutable y beatificante Trinidad.

UNA HOSTIA DE LA TRINIDAD es un *alma que vive en un abandono total*, sin inquietud y sin pereza, atenta a ejecutar, día tras día, todo el bien, grande o pequeño, que está a su alcance, preocupada únicamente de la gloria del Padre, en la gozosa libertad y en la confianza sin límites de los verdaderos hijos de Dios.

UNA HOSTIA DE LA TRINIDAD es un *alma que vive de puro amor*, pero en la cruz. El puro amor es la intimidad de todos los instantes con Dios, sin que nada venga a distraer al alma de este oficio de amar. Cualquier cosa que haga, ya sea la humilde tarea cotidiana o la acción vistosa, nada cuenta a sus ojos, sino el grado de amor. De ello tiene la convicción: en el atardecer de la vida será juzgada sobre el amor. El mandato supremo de su Dios, ¿no es el «Diliges», «Tú vivirás de amor»? El Evangelio es su libro preferido porque es, por excelencia, el libro del amor. En la escuela de San Pablo, ha comprendido con certeza que nada es obstáculo para aquellos que quieren «vivir de amor». Pero ha oído también de su Maestro que el verdadero amor es aquel que se inmola y lo da todo. Ved porque su ideal es la hostia, el don de sí mismo por amor.

UNA HOSTIA DE LA TRINIDAD es *un alma apostólica y redentora*, que anhela participar en los sufrimientos de Cristo para salvar al mundo con Él, hostia por la Iglesia con Cristo.

UNA HOSTIA DE LA TRINIDAD es *un alma de luz que saca sus decisiones de la ciencia de la cruz*. El don de consejo le da la seguridad de que la santidad no está ni en los éxtasis ni en las

cosas extraordinarias, sino en el cumplimiento del deber de estado por amor. A través de las inextricables complicaciones de una existencia humana, sabe siempre descubrir y realizar el plan de Dios. Nada la desconcierta, nada puede moderar su ascensión hacia la santidad. Las almas que dependen de ella la siguen en esta marcha hacia Dios. Bajo el gobierno de la Iglesia, avanza con toda seguridad sobre los pasos de Cristo, por los senderos de Dios. Su vida es una incesante subida hacia la Trinidad.

UNA HOSTIA DE LA TRINIDAD es *un alma adoradora y reparadora, un alma de oración y de alabanza* que, cada mañana, en la comunión con el sacrificio eucarístico, va a identificarse con todos los movimientos del alma de Cristo. Su programa de vida le ha sido dictado por estas palabras de San Pablo, que expresan el aspecto más central del misterio de la Redención: «Cristo se ha ofrecido como hostia». Ella también quiere ofrecerse a la Trinidad: hostia con la Hostia.

UNA HOSTIA DE LA TRINIDAD es *un alma crucificada*, fiel a Dios en las cosas más pequeñas, sin espíritu de minucia, pero sin negligencia, buscando como Cristo cumplir la voluntad del Padre hasta el menor detalle. A ejemplo de la Reina de los Mártires, cumple su deber hasta el fin. Prefiere al heroísmo de grandeza, el heroísmo de pequeñez, más adaptable a su debilidad, a menudo más glorioso para Dios porque brota de un mayor olvido de sí mismo. Su anhelo supremo es «vivir de amor, para morir de amor». De entre todas las formas de sufrimiento, escoge el abandono total del Crucificado en las manos del Padre: el mártir del amor.

UNA HOSTIA DE LA TRINIDAD es *un alma pura*, separada del mal, un ser virgen, cuya potencia de amar permanece intacta para Cristo. Es un alma de silencio que las cosas de la tierra ya no pueden agitar y que se guarda como la Virgen, santa e inmaculada en el amor, bajo la mirada de Dios.

UNA HOSTIA DE LA TRINIDAD, en fin, es *un alma mariana* a la que Dios ha revelado el secreto de vivir en María para mejor vivir en Cristo.

SER HOSTIA DE LA TRINIDAD: es *realizar a fondo la gracia del propio bautismo* y, a través de todo, dejarse divinizar por Cristo. Nada puede impedir a un alma participar en todos los instantes, de

la vida íntima de la Trinidad. Es suficiente ser cristiano en cada uno de sus actos e ir a cada cosa con un alma de Cristo.

SER HOSTIA DE LA TRINIDAD: es *desaparecer en el alma de Cristo*.

SER HOSTIA DE LA TRINIDAD: es pasar por la tierra como la Virgen de la Encarnación, crucificada y corredentora con Cristo, identificada con todos los sentimientos del Hijo único del Padre, y, por ella, dejarse consumir en Él, en la unidad de la Trinidad.

III. CONSAGRACIÓN A LA TRINIDAD

*Por las manos virginales de María,
en unión con el Verbo Encarnado,
yo me ofrezco como Hostia de la Trinidad.*

He aquí por último, el ACTO DE CONSAGRACION A LA TRINIDAD, razón de ser y punto de convergencia de todas las páginas de este opúsculo, que tiene por fin ayudar a las almas a consagrarse a la Trinidad, con plena conciencia de su bautismo. Toca a cada una formular, según sus propias aspiraciones y sus propias necesidades, esta ofrenda a la Trinidad, la cual, mejor vivida cada día, deberá encaminarla hacia el desenvolvimiento de su gracia bautismal, es decir, hacia la más alta santidad.

Esta consagración como HOSTIA DE LA TRINIDAD ha de permanecer *en la más pura línea del bautismo*. Este es el punto capital. El día particularmente indicado para esta consagración es el aniversario del bautismo. Pero, es importante renovar a menudo esta consagración, no solamente en la fiesta de la Santísima Trinidad, sino cada vez que se asiste a misa, cuando, en el Ofertorio, el sacerdote pronuncia el «*Suscipe, Sancta Trinitas*», y aún más, en la Consagración, cuando la Iglesia eleva silenciosamente hacia Dios el Crucificado, realmente presente, SACERDOTE y HOSTIA DE LA TRINIDAD.

Se observará en esta consagración el cuidado primordial de hacer pasar la más alta mística por el eje necesario de las virtudes cristianas: fe, esperanza, caridad, prudencia, justicia, fortaleza, templanza.

La santidad cristiana no es otra cosa que el heroísmo de las virtudes.

Acto de consagración a la Trinidad

¡Oh silenciosa y beatificante Trinidad, fuente suprema de luz, de amor y de inmutable paz!, todo en el cielo, en la tierra e incluso en los infiernos está ordenado a la alabanza de gloria de vuestro Nombre.

A FIN DE UNIRME A LA INCESANTE ALABANZA DEL VERBO, QUE DESDE LAS PROFUNDIDADES DEL ALMA DE CRISTO SUBE HACIA VOS, YO ME OFREZCO POR ÉL, CON ÉL Y EN ÉL, A IMITACIÓN DE LA VIRGEN DE LA ENCARNACIÓN Y POR

MEDIO DE SUS MANOS PURÍSIMAS, COMO HOSTIA DE LA TRINIDAD.

Padre amadísimo, la gracia de adopción de mi bautismo ha hecho de mí vuestro hijo. Guardadme. Que ninguna falta voluntaria venga a empañar, ni siquiera levemente, la pureza de mi alma; sino que mi vida, cada día más y más fiel, se eleve hacia Vos, en el abandono filial y sin límites del hijo que se sabe amado por la ternura de un Padre todopoderoso.

Oh Verbo, Pensamiento Eterno de mi Dios, Figura de su substancia y Resplandor de su gloria, yo no quiero ya otra luz que Vos. Iluminad mis tinieblas con vuestra luz de Vida. Que camine firme en la fe, más y más dócil a las iluminaciones de vuestra sabiduría, de vuestra inteligencia y de vuestra ciencia, en espera del día en que toda otra luz se desvanecerá en presencia de la fulgurante claridad de vuestra faz divina.

Espíritu Santo, que unís el Padre y el Hijo en una felicidad sin fin, enseñadme a vivir en todos los instantes y a través de todas las cosas en la intimidad de mi Dios, más y más consumada en la unidad de la Trinidad. Sí; por encima de todo, concededme vuestro Espíritu de amor para animar con vuestra santidad los menores actos de mi vida, a fin de que yo sea verdaderamente en la Iglesia, para la redención de las almas, y para la gloria del Padre: *una hostia de amor para alabanza de la Trinidad*.

Padre, Hijo y Espíritu Santo, Trinidad ardiente y creadora, que conducís a todos los seres del universo con fuerza y suavidad hacia su eterno destino, asociadme a la fecundidad de vuestra acción. Dadme un alma de Cristo redentor.

Que mi vida se desarrolle enteramente *en el plan de la redención*, con plena conciencia de que, a través de los más insignificantes detalles de una existencia humana, se realizan vuestros designios eternos. Que a la luz de vuestras inspiraciones y con el apoyo de vuestra gracia, yo escoja ser, en el lugar en que me habéis fijado, redentor con Cristo, colaborador con Él en la acción maravillosamente fecunda de vuestra Trinidad en el mundo.

Que todos mis actos estén llenos de esta *justicia* que salvaguarda, ante todo, los derechos de Dios, a fin de que Él sea en toda circunstancia el «Primer servido». Que todas mis acciones estén animadas de ese sentimiento fraterno para con los hombres, que da a cada uno lo que le es debido, pero con la sonrisa de la caridad,

como conviene a los hijos de un mismo Padre que nos espera en los cielos.

Dadme una *fortaleza* invencible. Que mi amor por Vos sea más fuerte que la muerte. Que mi voluntad no se doblegue jamás ante el deber. Que nada modere mi ardor en vuestro servicio. Inspiradme la audacia de las grandes empresas y dadme la fortaleza para realizarlas, si preciso fuere, hasta el martirio para la mayor gloria de vuestro nombre.

Os pido que me deis *un alma pura, de una limpidez de cristal*, digna de ser un templo vivo de la Trinidad. Dios santo, guardad mi alma en Cristo, en la unidad, con toda su potencia de amar, ávida de comulgar sin cesar en vuestra pureza infinita. Que atravesese este mundo corrompido, santa e inmaculada en el amor, en vuestra sola presencia, bajo vuestra única mirada, sin la menor mancha, sin la menor impureza que pudiera empañar en ella el resplandor de vuestra belleza.

Y Vos, *oh Virgen purísima*, Madre de Dios y del Cristo total, que tenéis siempre como misión esencial dar a Jesús al mundo, formad en mí un alma de Cristo. Que asociada como Vos a todos los sentimientos del Verbo encarnado, pueda en cada uno de mis actos, manifestar a Cristo ante los ojos del Padre.

Como Vos, yo quiero ser hostia para la Iglesia, amándola hasta dar mi vida por ella, queriéndola con el mismo amor con que la ama Cristo.

Hija del Padre, Madre del Hijo, Esposa del Espíritu Santo, unidme en la medida en que mi alma sea capaz, a todo el misterio de vuestra propia vida identificada a la de Cristo. Vos sois, después de Jesús, el modelo supremo de toda santidad, el ideal de todas las almas que querrán ser en la Iglesia, para la redención del mundo y para la mayor gloria de Dios, hostias de la Trinidad.

DESPUES DE ESTE MUNDO QUE PASA, CUANDO LAS SOMBRAS DE LA TIERRA SE HAYAN DESVANECIDO PARA MI, QUE MI VIDA DE ETERNIDAD TRANSCURRA ANTE LA FAZ DE LA TRINIDAD, EN UNA INCESANTE ALABANZA DE GLORIA A DIOS: PADRE, HIJO Y ESPIRITU SANTO.